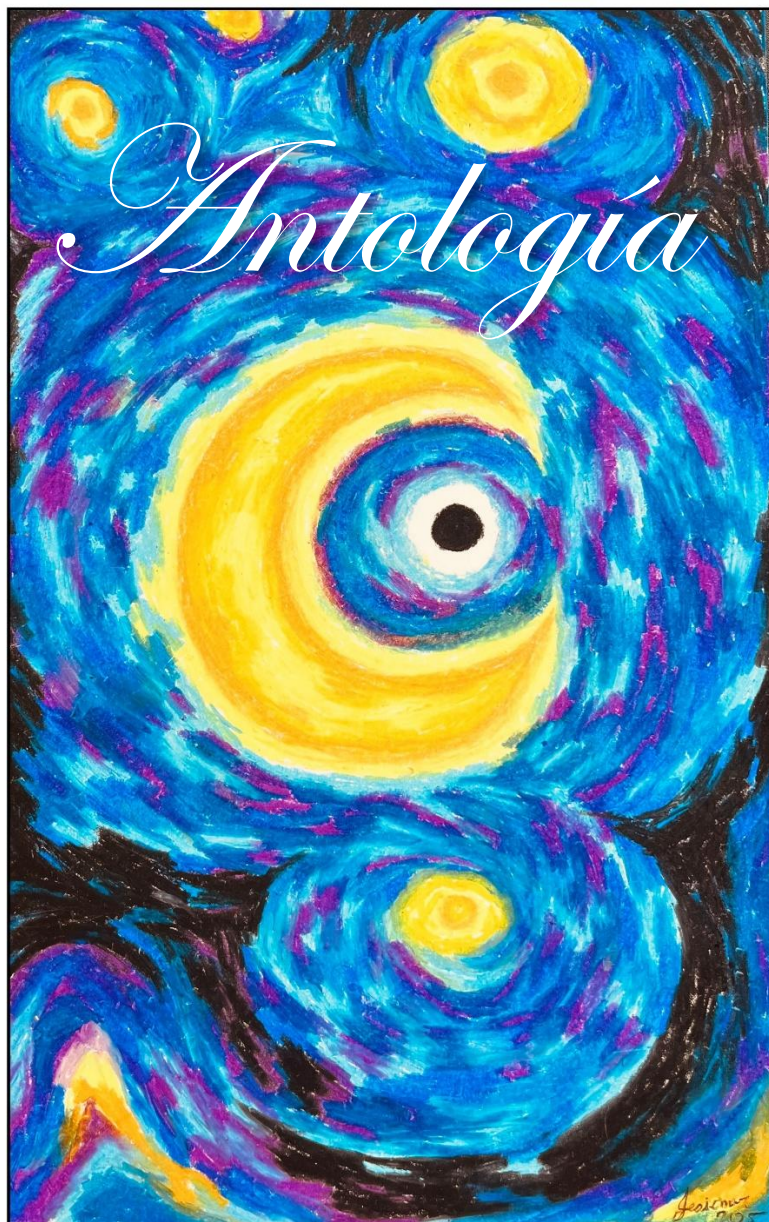




31^{er} Certamen Literario Universidad Politécnica de Puerto Rico - Año 2025-2026

Arte de la portada: Dibujo a pastel, ©Jesiemar Rivera 2025



Dedicatoria

El 31^{er} Certamen se le ha dedicado al escritor, crítico literario, tallerista, profesor universitario en creación literaria y gestor cultural, Emilio Del Carril, por sus colaboraciones a lo largo de los años de esta actividad cultural que promueve la creatividad y el desarrollo de las competencias lingüísticas en lengua española. Emilio Del Carril es tecnólogo médico de profesión principal, lo que comprueba que la ciencia y la tecnología no están lejos de los espacios mágicos de las palabras, ni de un maestro innato. Quede probado aquí nuestro gran aprecio, reconocimiento y admiración.

Prefacio

Estimados lectores, estudiantes y participantes de este proyecto, el fruto, la antología o la compilación de los trabajos literarios laureados. Este 31er Certamen Literario, correspondiente al año 2025-2026 se le dedicó al escritor puertorriqueño, especialista en microcuentos, Emilio Del Carril. No es de extrañar que sea este género, un género de apertura para los estudiantes participantes y el que más participaciones generó en esta ocasión. Microcontar es una invitación a iluminar la mente con historias que en pocas palabras pueden decir un mundo. En esto es muy parecido a la poesía, con la diferencia que los micros nos invitan a la reflexión a través de su manera especial de narrar. El lector se verá en estas historias o podrá descubrir sus mensajes e incluso inspirarse en ellos. En este sentido es un género provocadoramente humano 15 micros lo atestiguan. En el género del cuento tradicional, la participación también fue una destacada desde el cuento tradicional que nos pega duro desde su comienzo hasta un cuento que limita con el teatro. El énfasis en este género lo hubo en los valores presentados en unos 18 textos, la calidad humana y sus experiencias vitales. La poesía también se lució con 10 poemas laureados. No hubo participaciones suficientes en los géneros del ensayo, ni del teatro, como para justificar un laudo.

Agradecemos a la Universidad Politécnica por creer en este proyecto, a los profesores del Departamento de Estudios Socio-humanísticos, a la Oficina de Comunicaciones por todo su apoyo, a la Biblioteca, a los profesores de escuelas superiores porque son la inspiración en sus aulas. También a nuestros estudiantes universitarios, a los de escuela superior, y a la comunidad en general que mantienen el buen uso de nuestro vernáculo.

¡Gracias!

Profa. Iris Miranda Santiago, Coordinadora

Índice

Dedicatoria

Prefacio

CUENTO Y MICROCUENTO

Laudo de Cuento y Microcuento, por Wilkyns Rivera Samot, la Dra. Milagros Martínez Roche y Susie Medina Jirau, pp. 8-13

COMUNIDAD CUENTO

1er lugar CUENTO

Prójimo, de Luis “Laro” Rodríguez, pp.14-15.

2do lugar

Epitafio, de José E. Muratti, pp. 16-17.

3er lugar

Duelo para Milagros, de Mary Ely Marrero, pp. 18-32.

MENCIONES

La magia de las plantas, de Yolanda Hernández, pp.33-35.

El día que descubrí el amor, de María Robles, pp.35-38.

COMUNIDAD MICROCUENTO

1er lugar Microcuento

Esperaba por mí, de Marinés Rivera, pp.38-39.

CUENTO ESTUDIANTE UPPR

La barra de lavanda, de Kevin Chin, pp.39-47.

MICROCUENTO ESTUDIANTE UPPR

1er lugar

Pétalos indecisos, de Adriana V. Guzmán, p.47.

2dos lugares

Soldadura en silencio, de Kael González Resto, p.47.

El campamento Philmont, de Diego Serrano Rivera, p. 47-48.

3eros lugares

Reencarnación, de John Del Valle Cintrón, p.48.

Tu recuerdo, de Aliandro Rojas, p.48.

MENCIONES

El hombre de cristal, de Ricardo Ramos Rivera, p. 48.

La casa que aprendió a flotar, de Héctor A. Cintrón Colón, p.49.

Mancha en el huracán, de Andrés S. Ayala, p.49.

Ataque sorpresa, de Yaniel Y. Ramos Rodríguez, p.49.

CUENTO ESTUDIANTE DE ESCUELA SUPERIOR

1eros lugares

Mi súper hermanito, de Marcos D. López Gómez, p.50.

El heredero del tiempo, de Angelimar Rodríguez Montañez, pp.51-52.

2do lugar

Secretos susurrados, de Grace Sofía Burgos Nieves, pp.52-54.

3eros lugares

Entre la niebla: atardeceres suaves, de Vivienne Zacapa Mejía, p.54-57.

El encanto de pensar en uno mismo, de Ariana Ayala Cuadrado, pp.57-58.

MENCIONES

El caso particular de Isabella Nightingale y la Belladona, de Cecilia Vicens, pp.58-60.

El juicio robado, de Daniela I. Ruiz Colón, p.60-61

MICROCuento ESCUELA SUPERIOR

1er lugar

La primera mañana de Zoé, de Diego Alejandro Gómez, p.62.

2do lugar

El mundo más allá, de Amanda I. Maldonado Crespo, p.63.

3er lugar

De mi abuelo y mío, de Marieliza Vega Román, p.64

MENCIÓN

La despedida en tren de Ainhoa López Aponte, p.65.

El tiempo que no vuelve, Yaved Avilés Flores, pp.65-66.

POESÍA

Laudo de Poesía, por Lynette M. Pérez Villanueva, María de los Ángeles Camacho Rivas y Ebrahim Narváez, pp.67-69.

COMUNIDAD POESÍA

1er lugar

Mehndi, de Luis Laro Rodríguez, pp.70-72.

2do lugar

Soledad I, de Adriana Matías Toro, pp.73-75.

3er lugar

Epitafio de la nada, de Mary Ely Marrero, p.76.

Menciones

A la damisela de la guitarra, de Ángel O. Navarro Zayas, p.77.

Cenicero, de Julio César Pol, pp.78-79.

Malamada, de Mary Ely Marrero, pp.80-82

ESTUDIANTE UPPR

2do lugar

Sombras familiares, de Alan Akylis Rodríguez Centeno, p.83.

3er lugar

Conciencia despierta, de Alondra M. Velázquez, pp.84-85.

MENCIÓN

Si me hablas de buenos tiempos, de Kevin Chin, p.86.

ESCUELA SUPERIOR

1eros lugares

El venado herido, de Angelimar Rodríguez Montañez, p.87.

Las tristes redes de mi padre, Fernando A. Álamo, p.88.

MENCIONES

Vampiros, de Cristina M. Cintrón, p. 89-90.

El ardor purificador, de Sebastián Machicote-López, p.91.

Fuego en la medianoche, de Kateryna Álvarez, p.92

NOTA FINAL, p. 93.

CUENTO Y MICROCUENTO

Laudo de Cuento y Microcuento, por Wilkyns Rivera Samot, la Dra. Milagros Martínez Roche y Susie Medina Jirau

Cuento Comunidad

El jurado de cuentos del Certamen Literario de la Universidad Politécnica de Puerto Rico, acordamos que el cuento “Prójimo” (2026), de Rodlu Orsan (Seudónimo), tiene el mérito de obtener el Primer Premio de Cuentos de la Categoría Comunidad. “Prójimo” tiene contenido, manejo del desarrollo y temática: deshumanización, los desplazados. Es muy original. Posee buen manejo del lenguaje. Transmite de forma efectiva emociones y sentimientos. También tiene un buen manejo de un final sorpresivo que deja en el lector una impresión impactante.

El jurado también acuerda que el cuento “Epitafio” (2026), de Alfonso Benzo (Seudónimo), tiene el mérito de obtener el Segundo Premio de Cuentos de la Categoría Comunidad. “Epitafio” presenta una excelencia notable en el manejo de la lengua escrita, empleando un lenguaje literario, denso y cargado de simbolismo para explorar la vida y las relaciones familiares desde una perspectiva crítica y reflexiva. El uso de metáforas y comparaciones ("venas como raíces de árboles milenarios", "desafecto", "embates del privilegio de los hombres") eleva el texto. La ingeniosidad se manifiesta en la forma en que desmenuza los sentimientos hacia una figura matriarcal compleja y contradictoria. Finalmente, el jurado acuerda que el cuento “Duelo para Milagros” (2026), de Abuela Teresa (Seudónimo) tiene el mérito de obtener el Tercer Premio de Cuentos de la Categoría Comunidad. “Duelo para Milagros” tiene un tema de actualidad. El jurado destaca la fluidez en el manejo de eventos. La repetición fortalece severidad del tema tratado y le da un tono dramático. Tiene buena conducción de emociones y sentimientos.

Acordamos, a su vez que el cuento "La magia de las plantas" (2026), de Gypsy Gitana (Seudónimo), y "El día que descubrí el amor" (2026), de Conchita (Seudónimo), merecen ambos una Mención de Honor.

Microcuento Comunidad

Premio de Microcuentos, Comunidad 2026

El jurado de microcuentos del Certamen Literario de la Universidad Politécnica de Puerto Rico, acordamos que el microcuento “Esperaba por mí” (2026), de Nervusa (Seudónimo), tiene el mérito de obtener el Primer Premio de Microcuentos de la Categoría Comunidad. “Esperaba por mí” es una obra maestra de ingeniosidad en el manejo de la lengua escrita, utilizando la metáfora de un objeto (inicialmente descrito como negro y esbelto, luego revelado como un celular) para explorar una compleja relación humana, ansiedades y la fragilidad de la memoria. El lenguaje es evocador y sensorial, con frases como "artista del tacto", "pulsación una y otra vez", y la descripción de "códigos que solo se podían sentir con las yemas de mis dedos". La ingeniosidad se ve en la forma en que la autora construye la tensión y la conexión a través de la descripción táctil y la introspección. La concisión de la obra es excepcional. A pesar de la profundidad temática y la complejidad de los sentimientos explorados, el texto es breve y va directo al grano, utilizando cada palabra de manera deliberada. La narrativa se centra en la experiencia subjetiva de la narradora, su ansiedad, su deseo, su proceso de aprendizaje táctil y su eventual desconexión, todo ello en un espacio muy limitado.

Estudiantes de la Universidad Politécnica de Puerto Rico

Cuento

El jurado de cuentos del Certamen Literario de la Universidad Politécnica de Puerto Rico, acordamos que el cuento “La barra de lavanda” (2026), de Alexander M. Grimwood” (Seudónimo), tiene el mérito de obtener el Primer Premio de Cuentos de la Categoría Estudiantes UPPR. “La barra de lavanda” demuestra una excelencia e ingeniosidad excepcionales en el manejo de la lengua. El lenguaje utilizado para describir el estado de ánimo de Jonás, su entorno y, especialmente, la atmósfera mágica de la barra, es rico, evocador y preciso. La narración fluye de manera natural, capturando la voz interna del personaje y su diálogo interno con gran habilidad. La concisión de la obra es admirable, especialmente considerando la extensión que permite a la historia desarrollarse. A pesar de presentar varios elementos (la mala racha de Jonás, el robo del carro, el trabajo, la deuda, el encuentro con Sofía, la conversación

profunda), la trama se mantiene enfocada y cada parte contribuye al desarrollo del personaje y del mensaje principal. No hay elementos superfluos.

Microcuento Estudiantes de la Universidad Politécnica de Puerto Rico

El jurado de microcuentos del Certamen Literario de la Universidad Politécnica de Puerto Rico, acordamos que el microcuento “Pétalos Indecisos” (2026), de La Sirenita (Seudónimo), tiene el mérito de obtener el Primer Premio de Microcuentos de la Categoría ESTUDIANTES UPPR. “Pétalos Indecisos” es un microcuento excelente. El tema ingeniosamente desarrollado es muy actual. Tiene un final muy original, creativo e impactante. Brevedad y concisión lograda. Final sorpresivo. El jurado también acuerda que los microcuentos “Soldadura en Silencio” (2026), de Ben 10 (Seudónimo), “El campamento”, de Philmont, y “Reencarnación”, de Speedy González tienen el mérito de obtener el Segundo Premio de Microcuentos de la Categoría ESTUDIANTES UPPR. “Soldadura en Silencio” destaca por su ingeniosidad en el manejo de la lengua, demostrando que el amor y la comunicación pueden ser transmitidos a través de actos y silencios. La concisión es efectiva, presentando escenas específicas que construyen la relación padre-hijo sin necesidad de diálogo explícito. La excelencia en la transmisión del sentimiento reside en la profunda ternura y comprensión que se destila de las acciones del padre: el cuidado de la herida, la leche caliente, la reparación del peluche y el abrazo. El campamento” es muy original e ingenioso. Transmite sentimientos y una experiencia memorable al lector. Tiene un final inesperado. Honra valoración a los antepasados queridos y su presencia aun después de trascendidos. “Reencarnación” tiene un buen manejo del lenguaje escrito. Creatividad y originalidad en el desarrollo del tema. Transmite una experiencia memorable al lector. Su final es sorprendente. Finalmente, el jurado acuerda que el microcuento “Tu recuerdo” (2026), de MAUI (Seudónimo) tiene el mérito de obtener el Tercer Premio de Microcuentos de la Categoría ESTUDIANTES UPPR. “Tu recuerdo” demuestra excelencia e ingeniosidad en el manejo de la lengua al utilizar la metáfora del espejo y los universos paralelos para abordar la pérdida y el recuerdo. La concisión es crucial para el impacto del texto; en pocas frases se presenta la premisa y la conclusión emocional. La excelencia en la transmisión del sentimiento radica en la forma en que se aborda el duelo y la persistencia del amor a través de la memoria..

Acordamos, a su vez que los microcuentos "El hombre de cristal" (2026), de

Hefestos (Seudónimo), "La casa que aprendió a flotar" (2026), de Conchita (Seudónimo), "Ataque sorpresa" (2026), de Sisyphus Prime (Seudónimo), y "Mancha en el huracán" (2026), de Bampi (Seudónimo), merecen todos una Mención de Honor.

Estudiantes de Escuela Superior

Cuento

El jurado de cuentos del Certamen Literario de la Universidad Politécnica de Puerto Rico, acordamos que el cuento "Mi super hermanito", de Kako (Seudónimo), tienen el mérito de obtener el Primer Premio de Cuentos de la Categoría ESCUELA SUPERIOR. "Mi super hermanito" es muy buen cuento, ingenioso y original. Tiene un buen manejo del lenguaje y del desarrollo del asunto. Es conciso y posee mucha transmisión de sentimientos. Tiene un mensaje que toca la fibra humana. El jurado también acuerda que los cuentos "El heredero del tiempo" (2026), de Maxelly Cintrón (Seudónimo) también tiene un primer lugar. "El heredero del tiempo" destaca por su excelencia e ingeniosidad en el manejo de la lengua, presentando un lenguaje rico y evocador que sumerge al lector en la psique del protagonista. La narrativa se construye con gran habilidad, logrando una concisión admirable al desarrollar un concepto complejo como la predestinación y el poder a través de una historia lineal pero profunda

"Secretos susurrados", de Leonardo Louvre (Seudónimo), tiene el mérito de obtener el Segundo Premio de Cuentos de la Categoría ESCUELA SUPERIOR. "Secretos susurrados" es un cuento muy original. Posee buen manejo del desarrollo del asunto. Consideramos que es bastante ingenioso en la utilización de elementos de ficción y de fantasía.

Por otra parte, el jurado considera que "Entre la niebla, atardeceres Suaves" (2026), de Héctor Guerra (Seudónimo), y "El encanto de pensar en uno mismo", de Silvia N. Román (Seudónimo), tienen el mérito de obtener el Tercer Premio de Cuentos de la Categoría ESCUELA SUPERIOR. "El encanto de pensar en uno mismo" es una obra muy original. Es concisa. Los elementos de ficción son sorprendentes. El final es muy ingenioso. "Atardeceres Suaves" demuestra excelencia en el manejo de la lengua, construyendo atmósferas

opresivas y realistas. La concisión se logra al centrarse en las dinámicas familiares disfuncionales y la respuesta emocional de los hermanos ante el abuso y el abandono. La transmisión del sentimiento de desamparo, protección fraternal y la dura realidad de un hogar fracturado es muy potente.

Acordamos, a su vez que el cuento "El caso peculiar de Isabella Nightingale y la Belladona" (2026), de Calla Lily (Seudónimo), y "El juicio robado", de Ela Isabela (Seudónimo), merecen ambos una Mención de Honor.

Microcuento Escuela Superior

el jurado de microcuentos del Certamen Literario de la Universidad Politécnica de Puerto Rico, acordamos que el microcuento "La primera mañana de Zoé" (2026), de Maxelly Cintrón (Seudónimo), tiene el mérito de obtener el Primer Premio de Microcuentos de la Categoría ESCUELA SUPERIOR. "La primera mañana de Zoé" demuestra una excelencia e ingeniosidad sobresalientes en el manejo de la lengua, creando una atmósfera dual entre el misterio del pueblo y la inquietud de Zoé. La concisión es magistral; en pocas líneas se establece un conflicto interno y un deseo profundo de libertad y autoafirmación. La transmisión del sentimiento de anhelo por la experiencia vital y la confrontación con la tradición y las opiniones ajenas es conmovedora. La experiencia memorable se logra a través de la poderosa imagen del armario que habla y la decisión de Zoé de abrazar la vida y la luz, un mensaje universal de independencia y búsqueda de la felicidad. La voz narrativa es sugerente y la resolución, aunque breve, es profundamente impactante.

El jurado también acuerda que el microcuento "El mundo más allá" (2026), de M.Z.S. (Seudónimo), tiene el mérito de obtener el Segundo Premio de Microcuentos de la Categoría ESCUELA SUPERIOR. "El mundo más allá" presenta una ingeniosidad notable en la concepción y el manejo de la lengua al utilizar la perspectiva infantil y la fantasía para transmitir un mensaje poderoso. La concisión es efectiva, presentando una escena que rápidamente revela el conflicto y la solución imaginativa. La excelencia en la transmisión del sentimiento reside en la celebración de la creatividad, la empatía y la inteligencia emocional por encima del rendimiento académico tradicional. La experiencia memorable se crea al recordarnos la valía de la imaginación y la

capacidad de impactar positivamente a los demás, culminando en una reflexión inspiradora que resuena mucho después de la lectura. Los dibujos llenos de color y vida son una metáfora muy efectiva.

Finalmente, el jurado acuerda que el cuento “De mi abuelo y mío” (2026), de Maíta (Seudónimo), tiene el mérito de obtener el Tercer Premio de Microcuentos de la Categoría ESCUELA SUPERIOR. “De mi abuelo y mío” destaca por su excelencia en el manejo de la lengua, logrando una profundidad emocional que trasciende su brevedad. La concisión se manifiesta en la forma en que evoca un recuerdo vívido y sensorial, centrándose en una fotografía específica. La ingeniosidad en la transmisión del sentimiento es palpable; la nostalgia se entrelaza con el amor y la conexión intergeneracional, haciendo que el lector sienta la calidez del recuerdo y la presencia del abuelo. La experiencia memorable se forja a través de la evocación sensorial (oler la grama, escuchar las gotas, sentir las carcajadas) y la poderosa afirmación de que los momentos significativos, a través de la memoria y la fotografía, pueden ser revividos y mantenidos vivos.

Acordamos, a su vez que el cuento "La despedida en el tren" (2026), de Memo (Seudónimo), y el cuento “El tiempo que no vuelve”, de Paíto (Seudónimo), merecen una ambos una Mención de Honor.

Concedido, en Puerto Rico, a 14 de abril de 2026.

Milagros Martínez, Jurado

Susie Medina Jirau, Jurado

Wilkins Román Samot, Jurado Presidente

CUENTOS Y MICROCUENTOS

COMUNIDAD CUENTO

1er lugar

Prójimo, de Luis “Laro” Rodríguez

Al tocar, con los dedos entumecidos como ramas a punto de quebrarse, solo obtuvo el eco hueco de la puerta. El frío era feroz. Bajo el abrigo raído — rasgado en varios costados por donde el viento se infiltraba como cuchillas— su piel cubierta de mugre temblaba sin tregua. Nadie abrió.

Levantó su cuarto de cartón, estiró aquellas telas que alguna vez fueron sábanas y acomodó su mudanza diaria como una pequeña fortaleza. Se quedó dormido ahogado en lágrimas, pensando en aquel día nefasto. Fue una noche dura —o tal vez solo una noche más.

No supo en qué momento se durmió.

Al amanecer lo despertaron para que se moviera de las escaleras. Pidió disculpas, recogió sus cosas en pocos minutos y cerró los ojos. Desde algún lugar llegaba un aroma de café, cerró los ojos y lo bebió en su imaginación. Antes de que volvieran a regañarlo, se trasladó hasta la esquina, al final de la calle. Allí volvió a edificar su casa acartonada, estiró y alineó sus tesoros, y se sentó a observar a los transeúntes.

El frío seguía siendo intenso, pero aquellas paredes improvisadas conservaban algo del calor que su cuerpo aún producía. La mayoría de las personas que pasaban a su alrededor evitaban mirarlo. Algunas se irritaban cuando sus perritos querían acercarse a saludarlo. Él, en cambio, siempre les sonreía. Tenía una sonrisa para todos. Su oficio cotidiano, como el de los perritos, era sobrevivir.

A veces rebuscaba en los zafacones algún manjar improbable. En otras ocasiones acudía a centros de ayuda donde ofrecían comida gratis. Intentaba también merodear por detrás de los restaurantes, donde arrojaban lo que no se vendía, pero nunca lo lograba: las cámaras lo delataban y siempre aparecía alguien para espantarlo. Aun así, sobrevivía, al menos con una comida diaria,

gratuita o comprada con las monedas que obtenía prestando el servicio de la lástima colectiva.

Aquella noche el frío fue implacable. La nieve le hería el rostro al estrellarse contra él. El viento era una bestia sin misericordia. Pensó en caminar hasta Grand Central, pero el cansancio le pesaba como plomo.

Volvió a tocar la puerta. Esta vez con más fuerza.

Con el poco aire que le quedaba golpeó una y otra vez, a veces con el puño cerrado, otras con la palma abierta. Nadie abría. De pronto vio encenderse una luz. Golpeó con desesperación. Nada. La luz se apagó.

Levantó su cuarto de cartón, estiró aquellas telas que una vez fueron sábanas, acomodó su mudanza como una fortaleza y se acostó pensando en su hija.

El dolor de haberla perdido por aquella enfermedad, tan joven aún, seguía intacto, como el primer día. Murió aferrada a su mano, mirándolo a los ojos, como si esperara que él la salvara. En ese instante su corazón se rompió para siempre. Todo se vino abajo. Lo perdió todo. Ya ni siquiera recordaba cómo había terminado en la calle. Sus recuerdos siempre regresaban a aquel día en el hospital, y a esos ojos que tuvo que cerrar con sus propias manos.

Cuando llegó la policía, tocaron a la puerta y esta vez la abrieron en pocos minutos. Alguien había llamado para denunciar la presencia de un hombre muerto en las escaleras. Llegaron la ambulancia, el forense, más agentes. La prensa no apareció. Algunos transeúntes miraban de reojo. Otros se irritaban cuando los perros empezaban a gemir ante aquel bulto cubierto por una sábana blanca.

Se llevaron el cadáver. Sus pertenencias fueron arrojadas al mismo zafacón donde, horas antes, había encontrado un pedazo de pan. Luego todos se marcharon. La puerta volvió a cerrarse.

Minutos después, volvió a abrirse.

Limpiaron las escaleras con cloro y lavanda. Abrieron las puertas de par en par. Todos entraron.

La misa comenzó.

2do lugar

Epitafio, de José E. Muratti

Sentí su mano frágil, huesuda, repleta de venas como raíces de árboles milenarios que derrocharon la sangre de un corazón endurecido por el resentimiento y el desafecto. Ya no recuerdo cuántos años tenía y no queda nadie vivo que me lo recuerde. Las manchas en la piel casi transparente, tras toda una vida frente al fogón, testimoniaban que las promesas de la lozanía y las virtudes no son antídoto contra los embates del privilegio de los hombres.

Al menos siete décadas alimentando a una prole que jamás pudo sustituirla no fueron suficiente para una vejez digna, tranquila, rodeada de risas espontáneas, de recuerdos gratos, de bromas que se asomaran a la guardarraya del agravio reconocido por ambas partes como un tierno de unos y ese humilde mea culpa de quien reconoce que no supo hacerlo mejor.

Ana la miraba con una mezcla de sentimientos casi imposibles inventar. Resentimiento, por la impiedad con que se desechan los huérfanos. Odio, por haber cambiado la vista cuando tu propia sangre es objeto de intransigencia y desprecio. Desprecio, por haberse sometido a un hombre que había sabido ser todo lo que una mujer no puede sino odiar en un marido: desidia, alcoholismo, vagancia, atropello de la sobrina de cuya exigua heredad se servía descaradamente. Encono, porque pudiendo aplicar el torniquete de la clemencia dejó correr la hemorragia del desprecio. Malquerencia, porque ignorar la humillación, incluso de los propios, es verter vinagre en una herida que no se aprende a cerrar. Nostalgia, por todo lo aprendido a pesar de que no le fue enseñado por amor sino por arrogancia, sino por ufanarse de una fortaleza con la que no protegió a nadie, ni siquiera a ella misma, de un destino hecho a la medida de su indiferencia. Rencor, por el desprecio de haberla convencido que no se merecía otra cosa que el infierno, cuando afirmaba con arrogancia: “si en la gloria hay muchachos, que me manden pa’l infierno”, como si el cielo estuviese reservado para quienes no cargan el lastre de los hijos. Desesperanza, pues uno aprende a distanciarse de aquello que le causa esos dolores que se vuelve imposible volver a sentir sin desear dejar de vivir.

La faz de la Tía Tula oscilaba entre contrariada, airada (pero cuando no), torcida. Me planteé - y descarté de inmediato - que se trataba de

arrepentimiento, aunque con cada contorsión, musitaba como un gatito con asma: “Ana”, “Ana”. Mi madre, entre desconcertada y sacudida se acercaba esperanzada de que dijera algo más, que finalmente se arrepentiera de lo cruel que había sido, que en el lecho de muerte fuese capaz de decir “lo lamento”, “me equivoqué”, “perdóname”. Pero esa satisfacción nunca llegó. Y, presumo, porque nunca me lo dijo, que escogió inferirla que había sido una última y repetida imploración a la sobrina que resultó ser más la hija de la cual se hubiese sentido orgullosa, la sobrina que tuvo el valor de vivir de acuerdo a sus convicciones, aunque nunca se recuperara del desamor.

Sentí los latidos reducir su intensidad y espaciarse por la arteria radial de la muñeca. Cada latido era como un minúsculo golpe de miel bajando de su pecho hacia unas manos que alguna vez fueron laboriosas y ahora yacían derrotadas, palmas arriba, a ambos lados de lo que fue su imponente figura.

Miré a mi madre y le dije con la vista que se estaba yendo. Asintió sin mover la cara, sin cerrar los ojos, sin desencajar los labios. El desencanto por la reconciliación que pudo haber representado un “lo lamento” y que no se llegó le impidió arrancarse todos esos recuerdos del pecho hasta su propia muerte muchos años más tarde.

Los latidos pausaron, cansados, resignados, hasta abandonar la mano frágil, huesuda, repleta de venas como raíces de árboles milenarios. Le dije con la vista que ya se había ido. La muerte, a diferencia del amor, es para siempre.

En aquel momento, a mis indocumentados diecisiete años, decidí cómo debía leer mi lápida: “Aquí yace quien premeditadamente nunca hizo daño a nadie y honró la memoria de quienes le prodigaron su amor”.

Hoy lo testimonio por si en ese momento no queda quien lo recuerde.

3er lugar

Duelo para Milagros, de Mary Ely Marrero

—Me oriné en la cama otra vez, Mama Delia —sollozó Milagros como de costumbre.

—No soy Mama Delia. No podrás cuidarte más. Ahora vive en Boston, con sus nietos —le respondió con la ternura de sus esfuerzos cotidianos para que su esposa recordara, pero ya la memoria escondía la mayoría de la realidad.

—¿Y tú quién eres? ¿Qué haces aquí? —gritó atemorizada.

—Tranquila. Soy Caridad. ¡Jum! Soy tu esposa hace treinta años y ya no te acuerdas de mí, bandida —le reclamó con picardía con los puños sobre las caderas.

—Me encanta cuando me dices “bandida” —la mujer le sonrió y le guiñó un ojo.

Caridad desarropó a Milagros, le quitó las medias, le untó crema con olor a lavanda en los pies y se los acarició.

—¿Cómo sabías que me duelen los pies? —dijo muy quedo, con los ojos cerrados.

—Siempre te duelen los pies, mi amor.

—Quiero maquillarme por si viene hoy. Algún día tiene que volver. No quiero que me encuentre fea.

Caridad se puso de pie y buscó la cartera que estaba sobre la silla sheraton que le confeccionó para un cumpleaños.

—La hice de roble para que dure más que nosotras. Le tallé lirios estrella gazer. Tus flores favoritas ahora no se marchitarán. La tapicé de blanco porque siempre has querido sentarte en una nube.

La mujer se sorprendió al escuchar a su amada repetir la dedicatoria que le escribió hace años cuando le regaló la silla. No comprendía cómo aun cuando ha olvidado tanto, podía recordar detalladamente otros asuntos.

—Toma. Maquíllate si quieres, pero así estás preciosa.

Le entregó la cartera y un espejo de mano en la que guardaba el polvo compacto con olor a canela, un lápiz labial rojo y otro rosado, el pomo de crema coral con que se aviva los ojos y las mejillas y un delineador ébano en forma de lápiz. Se sentó en la cama, la desarropó por completo y palpó las sábanas. Estaban secas. Le besó las rodillas y le provocó cosquillas risueñas. Se acurrucó a su lado y le acarició las pantorrillas. De reojo, la vio maquillarse con calma. Sonrió.

—Estoy arrugada, Cara.

La mujer se alegró porque la llamó así. Era el cariño con el que solía apocar su nombre. Hacía mucho que no lo pronunciaba.

—Ya muchas mujeres quisieran verse tan joven como tú. Además, todo el mundo se arruga. Mírame. ¿Has notado que tengo más arrugas que tú?

—Cada vez que te miro a los ojos, lo recuerdo. Él también tenía los ojos azules y las pestañas largas. Ya le verás los ojos cuando venga.

Milagros estaba segura de que Lorenzo volvería. Hacía un mes que lo mencionaba a menudo. Lorenzo fue su primer amor, un actor de quien se enamoró cuando tenía veintitrés años, con el que convivió por siete, del que

se despidió una noche previo a la función de una comedia musical y a quien jamás volvió a ver. Caridad había intentado localizarlo y, aunque dio con su paradero, no sabía si debía hacerlo volver.

—¿Qué tal si damos una caminata esta tarde? Vamos al jardín.

—¡Bailar! ¡Quiero bailar!

—¡Pues bailemos!

—Lorenzo era un gran bailarín. ¡Pendejo! Se creía mejor bailarín que yo. Dile que vuelva, que me entregue todo. ¡Todo! ¡Mis poemas, Mama Delia! Que no se quede con mis poemas. ¡Son míos! No quiero que nadie sepa que se los dediqué. No se los merece. ¡Son mis poemas! ¡No son suyos!

Para calmar el arrebató, Caridad se puso de pie e intentó acariciarle las manos, pero la otra se lo impidió. Se sorprendió con lo inhabitual: Milagros lanzó el espejo al suelo y se maquilló desafortadamente los labios con el lápiz rojo. La observó desvariada y se esforzó por no llorar. Esperó a que se calmara, le retiró el labial de la mano, tomó una toalla húmeda y le limpió el rostro.

—No llores. ¡A ese pendejo lo encontraré yo y lo obligaré a venir! ¿De acuerdo?

Le pidió que se levantara de la cama. Vio que le ocasionaba dificultad por el estado de nervios. Ya no pudo evitarlo; lloró. Se abrazaron. Caridad se refugió en el cuello de su amada y aspiró el olor a colonia de violetas francesas.

Se remontó a los años mozos cuando trabajaba la utilería del teatro Tablado Lorca y vio por primera vez a Milagros. La salvó de una caída. Un mareo anunció con suspicacia el embarazo.

—¡Gracias! De no ser por ti...

—Han dicho que estás embarazada y ya están celebrando —le advirtió con el olfato aún conmovido por las violetas francesas de la actriz.

—Pues para Lorenzo será una bendición. Siempre me ha reprochado que no tengamos un niño aún.

—¡Qué dicha! —respondió por cortesía.

—Si no supiera la respuesta, te lo preguntaría.

—¿Qué?

—Te pareces a Lorenzo. Bueno, no. No te pareces. Tienes sus ojos.

—No me había fijado.

—Tienen los ojos hermosos. Mi papá también los tenía azules. Murió hace cinco años.

—Lo siento. ¿Y tu madre?

—Murió cuando era niña. Solo la recuerdo por las fotos. Es triste olvidar a los que amas.

—Mis padres también murieron. No creo que pueda olvidarlos.

—Siempre será posible olvidar. Recordar es lo que no está garantizado.

Pese a que Caridad era nueva en el equipo de trabajo, fue de las pocas que consoló a Milagros cuando Lorenzo se marchó. Por dos días, heló paños para bajarle la fiebre y le rogó para que le permitiera llevarla al hospital. Cuando el

sangrado anunció lo inevitable, pernoctó con ella para velarle la tristeza por la pérdida de quien pudo haber sido su hijo o hija. En seis meses, la amistad entre las mujeres progresó de abrazos de consuelo a caricias amorosas.

Aunque Caridad le insistió que continuara, Milagros abandonó el Tablado Lorca. No quiso volver pues no creyó que todos ignoraran a dónde se había marchado su marido y por qué.

Milagros continuó confeccionando la utilería y la escenografía para los montajes hasta que comenzó a escuchar sobre el nuevo amorío de Lorenzo. Se rumoraba que se había ido con un matrimonio tejano que presenció la última función y con quienes lo habían visto ir al hotel en que se hospedaban. El equipo aseguraba entre risas burlonas que Lorenzo se había hecho parte de ese matrimonio: una mujer y veinte años mayor que él cuya gracia se limitaba a sus joyas y un hombre diez años menor que ella que perseguía aquella gracia. No pudo precisar si era cierto, pero un año después, uno de los actores viajó a los Estados Unidos y trajo noticias de confirmación: eran amantes y en Texas se había vuelto peor actor. Como Caridad no fue capaz de contarle tales rumores a su novia, por respeto a ella, renunció a la compañía y se dedicó a confeccionar muebles para la venta, negocio que no le tomó por sorpresa que fuese bien remunerado pues sus padres se habían dedicado a ello hasta que murieron.

—Se mueren de hambre los poetas.

—Gano lo suficiente. Si el rotativo quiere tu colaboración, hazlo. Es importante que hagas lo que te dé felicidad, no lo que te dé dinero. Además, con la ebanistería me va muy bien.

—¿Te imaginas todo lo que se dirá de mí? Abandonada por su marido a los 30 años, se ha enamorado de una niña y, en menos de un año, esa niña la mantiene.

—No soy una niña. Tengo 20 años. No me interesa lo que digan. Pero, ya veo que te importa mucho.

En poco tiempo, a Milagros dejó de preocuparle lo que pudieran decir, y Caridad le perdió el miedo a la ruptura que veía asegurada. Leían y releían los cuentos, poemas y entremeses que le publicaban a Milagros en el rotativo, y ambas se llenaron de satisfacciones.

—Vamos al jardín. Te hará bien caminar y ver las nubes.

—¡Bailar! ¡Quiero bailar! Lorenzo era un gran bailarín. ¡Pendejo! Se creía mejor bailarín que yo. Dile que vuelva, que me entregue todo. ¡Todo! ¡Mis poemas, Mama Delia! Que no se quede con mis poemas. ¡Son míos! No quiero que nadie sepa que se los dediqué. No se los merece. ¡Son mis poemas! ¡No son suyos! —reclamó esta vez con tono pacífico.

—Bailemos en el jardín. Vamos a ver los lirios. Están florecidos.

—¿A dónde se fue Cara, Mama Delia?

—Mama Delia está Boston. Yo soy Cara y estoy aquí.

—Yo también estoy aquí. ¿Te gusta estar aquí conmigo?

—Me encanta estar contigo.

Caridad llevó de la mano a Milagros al jardín. La brisa cargó consigo la música del piano. Se trataba del vecino, un joven músico que interpretaba a Beethoven cada noche para ensayar. La invitó a bailar y le conmovió ver toda la coquetería con la que empuñó el ruedo de su bata blanca para llevarlo al cinto.

—Bailemos la Für Elise —pidió Caridad imitando el acento francés que nunca ha dominado.

—¡Para Elisa! Dilo en español, que no hay lengua más bella.

Bailaron la bagatela mirándose a los ojos.

—Creo que Cara está celosa. Le pedí que encontrara a Lorenzo. No debí pedírselo a ella. Estoy siendo egoísta. ¿Estoy siendo egoísta?

—No lo eres, mi amor.

—Lorenzo solo se llevó una valija, y en ella, todos los poemas que le escribí. Dejó toda la ropa, los zapatos, los sombreros... pero se llevó mis poemas. ¡Mis poemas!

—¡Vendrá y te los devolverá!

—Quiero maquillarme por si viene hoy. Algún día tiene que volver. No quiero que me encuentre fea.

—No vendrá a esta hora.

Se separaron. Mientras Milagros bailó un solo, Caridad cortó un lirio. Se lo puso en el cabello apoyado de la oreja. Rieron, bailaron más y se besaron en los labios.

—¿Por qué te fuiste? —le preguntó en tono de reclamo al servirle el café.

—Caridad, yo no vine a dar explicaciones —respondió enfatizando en el ‘no’.

—La hiciste sufrir, imbécil. Desapareciste. La dejaste embarazada. No te imaginas la...

—Situación a la que le sacaste buen provecho.

—Nos enamoramos.

—¿Ha sido feliz? —preguntó Lorenzo en forma de reto.

—Si no viniste a dar explicaciones, tampoco las vas a recibir —sentenció enojada dando un golpe con la mano en la mesa del comedor.

—Solo quiero saber si ha sido feliz.

—¡Pues claro! ¡Muy feliz!

—Por algo me has llamado —insistió cínico.

—Milagros no te había mencionado hasta que enfermó —se apropió del mismo cinismo.

—¿Hace cuánto enfermó? ¿Qué tiene? —preguntó avergonzado.

—¿Trajiste los poemas? —reaccionó evasiva y se lleva los puños a las caderas.

—Cumpló mi palabra.

—¿Por qué te los llevaste?

—Son míos.

—Son suyos.

—Están dedicados a mí: por mis cumpleaños, por nuestros aniversarios, por los días de amor que vivimos juntos —respondió con auténtica devoción.

—¿Te los llevaste para recordarla?

—Me los llevé porque son míos, porque los momentos pueden olvidarse si no están escritos.

—Milagros ha olvidado tantas cosas. Confunde muchas otras —explicó con la mirada perdida.

—La verdad es que siempre fue un poquito loca —sonrió hasta que notó el gesto de disgusto en el rostro de Caridad—. Bueno, ya me voy. Ten.

Caridad detiene a Lorenzo por un brazo cuando le entrega la valija.

—¿Quién te ha dicho que te vayas?

—Gracias por el café, pero debo irme. Ya tienes lo que pediste.

—Lo que pidió Milagros; no yo.

—Te juro que no falta ni un poema.

—Pidió verte.

—Eso no me lo dijiste.

—¿A qué le temes? —lo reta con la pregunta.

—A la vergüenza. ¿Crees que no siento remordimiento? ¿Piensas que jamás quise regresar para darle explicaciones?

—Justo eso pienso.

—Pues te equivocas —respondió nuevamente con vergüenza.

—Me oriné en la cama otra vez, Mama Delia.

Se oyen los sollozos de Milagros hasta la cocina. Sin palabras, Caridad le pide a Lorenzo que se quede.

—Discúlpate con ella. Dile eso: que sientes vergüenza, remordimiento, que quisiste volver y explicar. Dile todo eso aunque sean mentiras. Necesita el duelo que nunca le permitiste. Voy a entrar para decirle que tiene visita. No te vayas, por favor —le pidió tomándole una mano—. Milagros, tienes visita.

—¿Visita? ¡No! No quiero maquillarme hoy. Dile que venga otro día.

—Ya te maquillaste esta mañana. Estás preciosa. Vamos. Siéntate aquí.

—¿En mi nube?

—Sí, ven.

La ayuda a incorporarse y a sentarse en la sheraton. La peina y la salpica con colonia de violetas.

—¿Quién ha venido?

—Es una sorpresa. Te ha traído algo muy importante. Quiero pedirte que no te alteres. Mantente serena.

—Si es el director del teatro, dile que no voy a volver a Tablado Lorca jamás.

—Entra —le pide Caridad a Lorenzo.

—¡Papá! ¡Qué bello estás, papá!

La reacción de Milagros los sorprendió a ambos. Caridad estuvo a punto de aclarar la identidad del hombre, pero al ver a su esposa tan feliz, prefirió callar. No tuvo que pedirle lo mismo a Lorenzo.

—¡Hola, Milagros! Tenía tantas ganas de verte.

—Yo también te he extrañado. ¡Estás tan guapo! ¡Esos ojazos! Ven, Cara, ven. Mira los ojos de papá. Son idénticos a los de Lorenzo.

—Sí, idénticos.

—Papá, necesito que encuentres a Lorenzo. Dile que vuelva, que me entregue todo. ¡Todo! ¡Mis poemas, papá! Que no se quede con mis poemas. ¡Son míos! No quiero que nadie sepa que se los dediqué. No se los merece. ¡Son mis poemas! ¡No son suyos!

—Lo voy a encontrar. Te los va a devolver. ¡Te lo juro!

Las lágrimas hicieron la obertura para el trío de voces sollozantes. Caridad se vio tentada a oponerse al abrazo en que se unieron. No pudo. Dejó al hombre fingir que era el padre de su amada hasta que la vio dormida.

—¡Gracias! —murmuró Caridad.

—Quédate con ellos —le dijo al entregarle los poemas.

Caridad abrazó a Lorenzo guiada por un sentimiento que tardó en descifrar: lástima. Abrió la valija. Estaba repleta de sobres amarillentos, escritos con la inmaculada letra cursiva de su poeta favorita. Pasó la noche viendo fotos y leyendo sobre agradecimientos, confesiones amorosas, placeres de entrega, remembranzas románticas... Ninguna estaba dirigida a Lorenzo. Milagros lo nombraba “Mi amor”. Tomó uno al azar y lo leyó en voz alta:

Pesadilla

Te he encontrado
detrás de la piel que habitas,
esa que evolucionará pecado a pecado,
que te convertirá en algo más,
en la nube que cubre al roble, quizás.
Te he encontrado cerca de mi lengua,
esa que versa cuánto he amado,
que te convertirá en algo más,
en un recuerdo eterno, jamás.
Te pierdo dormida y la pesadilla es terrible
cuando no puedo hallarte
pues el recuerdo se va.

Al escuchar a Beethoven, cerró la valija y decidió visitar la casa del vecino con una idea alocada al filo de la desesperación.

—¿Está don Ángel en casa? —le dijo al pianista.

—Claro; como siempre. Pase. A papá le vendrá bien una visita. Vamos a ver si la recuerda.

Tardó en revelar al muchacho el verdadero objetivo de su visita. El joven, conmovido, no pudo negarle lo que pidió Caridad.

Regresó a la casa y pegó una de las fotos de Lorenzo en el espejo del baño. Con la ropa que le pidió prestada al vecino, hizo todo lo posible por emular la semblanza del joven amado de Milagros. Aún entristecida porque don Ángel no la había reconocido, se dispuso a concretar su idea. Se anudó el cabello y lo escondió bajo el sombrero fedora gris. Se vistió lo más parecido que pudo al hombre de la foto con la ropa del anciano: pantalón y chaqueta cenizos bien planchados, camisa blanca, corbata gris rayada y zapatos negros de charol. Con el delineador ébano se pintó un bigote menudo casi triangular. Decepcionada porque no hallaba la semejanza que buscaba, se disponía a quitarse el disfraz.

—Me oriné en la cama otra vez, Mama Delia.

Caridad escuchó el ruido de un vidrio deshacerse. Corrió a la habitación y encontró a Milagros en la cama, acostada y sin peligros.

—Creo que se ha caído la taza de café —dijo Milagros con los ojos perdidos.

—Limpiaré en seguida.

Las mujeres se cruzaron en una mirada inesperada. La sostuvieron por unos segundos: Milagros por no creer lo que veía y Caridad por querer descifrarla.

—¡Lorenzo! —susurró Milagros y se sentó de golpe—. ¿Por qué nadie me dijo que vendrías? Debo estar hecha un desastre —dice inquieta mientras se tapa el rostro con las manos.

—Nunca te había visto tan hermosa —respondió Caridad sin fingir la voz.

—¿Qué haces aquí?

—Caridad me dijo que necesitabas verme y aquí estoy.

—¿Trajiste los poemas?

—Todos. Permíteme y los busco. Los dejé en la salita. Te juro que no he dejado ni uno fuera de la valija —continuó hablando desde la sala.

—Nunca te voy a perdonar.

—No te pediré que me perdones. Ódiame si quieres. Me disculpo, pero puedes ignorarme. Me vergüenza lo que hice. Fui un cobarde. Siento un remordimiento terrible por haberte hecho sufrir. Quise volver y explicar, pero no tuve el valor. No debí llevarme tus poemas. Los quise cerca porque los momentos pueden olvidarse si no están escritos. Te agradezco tu amor. No lo merecía.

—Calla y escucha. No quiero saber que te amé. No quiero saber que te perdí. Quiero que te vayas. Que no vuelvas nunca. Ya no quiero pensarte, ni soñarte. Desaparece de mis pesadillas. No quiero recordarte. ¡Bésame por última vez y lárgate! No quiero ver tus ojos azules en los ojos de nadie más —lo dijo todo cargada de coraje.

Se besaron y se sintieron ajenas a sí mismas. Se separaron sin deseos de continuar.

—No quiero saber que te amé. No quiero saber que te perdí. Quiero que te vayas. Que no vuelvas nunca. Ya no quiero pensarte, ni soñarte. Desaparece de mis pesadillas. No quiero recordarte. No quiero ver tus ojos azules en los ojos de nadie más —repitió con más rabia.

Mientras Milagros repetía las instrucciones de la despedida, Caridad se marchó de la habitación. Se encerró en el baño, se desnudó y se metió en la bañera. Dejó que la ducha llorara con ella. Volvió a la cama, se acurrucó con su esposa, quien se había quedado dormida abrazando la valija. Le acarició las pantorrillas hasta que concilió el sueño.

—¡Quiero bailar en el jardín! —dijo Milagros al escuchar al joven Beethoven.

—Vamos, mi amor.

A Caridad la conmovió volver a ver toda la coquetería con la que empuñó el ruedo de su bata blanca para llevarlo al cinto. Bailaron la bagatela mirándose a los ojos.

—Cara, no sabía que eras poeta.

—¿Poeta? —preguntó extrañada.

—Esta mañana, antes de que despertaras, leí algunos de los poemas que me escribiste. ¡Están preciosos! Seguiré leyéndolos. Es el mejor regalo que me has dado. ¿Qué estamos celebrando?

—Un olvido. Estamos celebrando un olvido —susurró.

—Tienes los ojos preciosos. Son idénticos a los de mi padre.

Inició La cancioncilla del descanso de las manos del joven pianista. Se separaron.

Mientras Milagros bailó un solo, Caridad cortó un lirio. Se lo puso en el cabello apoyado de la oreja. Rieron, bailaron más y se besaron en los labios.

La magia de las plantas, de Yolanda Hernández

Berezia nació una noche en la última luna llena de un año bisiesto en una zona vascófona de Navarra llamada Karrantza, en medio del bosque Balguerri. Inmediatamente sus padres se dieron cuenta que era una niña diferente a todos los niños de la tribu, así que le pusieron por nombre “Berezia”, que en español significa especial. Su tez era color caramelo claro, su pelo negro liso y sus ojos tan verdes como la espesura de un bosque. Su mirada era penetrante, como si te estuviera leyendo el alma, y siempre mantenía una sonrisa en los labios, generaba paz y a la misma vez miedo. Era intrigante, todos podían notarlo.

A los dos meses de nacida sus padres comenzaron a preocuparse al notar que le nacían hojitas en las manos, en la cabeza, en el cuello, por todo el cuerpo. Todas eran distintas, muy hermosas, eran unas briznillas que iban creciendo según lo hacía la niña. Ellos asustados porque no sabían que hacer, la mantenían encerrada en su choza porque temían que las personas le hicieran daño o la hicieran sentir mal. Era una aldea grande muy bonita rodeada de un gran espeso, verde y hermoso bosque, arboles gigantes que contaban al viento sus historias y cantaban bellas melodías. La ladeaba un río que jamás se detenía susurrando a su paso. En esta aldea todos se conocían y los comentarios no se hicieron esperar, hasta contaban de más porque en realidad nadie la veía con detenimiento.

Berezia a sus cinco años de edad hablaba el euskera muy fluido, como un adulto y lo más sorprendente era su capacidad de analizar situaciones a su corta edad. A sus doce años Berezia hablaba más de diez idiomas y dialectos. Un día Berezia se escapó de la choza y sus padres desesperados la buscaron por todas partes, atormentados por la idea de que alguien le pudiera hacer daño, de perderse porque nunca salía si no era con ellos y lo hacían muy poco. Todos en la aldea los ayudaban. Había caído la noche y la madre desconsolada lloraba gritando su nombre, de repente, del bosque venía saliendo Berezia, y para el asombro de sus padres y de los aldeanos, su cuerpo

estaba todo cubierto de plantas que brotaban de cada uno de sus poros. Se quedaron sorprendidos y asustados, escondiendo a sus hijos por miedo a que fuera algo contagioso.

Al cabo de unos meses la matriarca de la aldea "Handia" (que significa grande) enfermó, tenía fiebre y estaba muy débil, nadie sabía qué hacer. Entonces Berezia salió de la choza, llevaba un velo blanco que le cubría todo su cuerpo y era tan limpio que brillaba con el sol, nadie podía mirarla fijamente. Llegó hasta la choza donde se encontraba Handia y no la querían dejar entrar, pero Handia les dijo utzi pasatzen (déjenla pasar). Berezia se sentó a su lado y quitándose el manto, tomó unas hojitas de las que estaban en su cuello, las mezcló con agua y se la dio a tomar a Handia. Luego le tomó las manos y la miró con ternura, se levantó cubriendo su cuerpo con la manta y se marchó.

Al otro día Handia caminaba muy contenta, toda repuesta hacia la choza de Berezia con flores, alimentos, frutas y algunas herramientas que obsequió a la familia de Berezia. Les dijo que su interés era que la niña la acompañara en sus reuniones de los comités de la aldea, pero esta se negó. Cuando Handia se marchaba, Berezia salió con ella y en esos momentos pasaba una familia con su hijo muy enfermo, ella los siguió hasta que Handia les gritó -gelditu- (deténganse).

Berezia se acercó y colocó su mano sobre el vientre del niño y con su otra mano, se arrancó unas hojitas de su torso, cortó un pedazo de su manto y le cubrió el dolor. Esa misma noche la familia fue con el niño agradeciéndole a Berezia su proeza.

Así pasaban los días y cada vez más buscaban a Berezia para algún remedio para su enfermedad y ella les regalaba sus hojitas a todos con una sonrisa en los labios. A los veinte años de edad ya venía gente de toda España y otros países buscando sus remedios.

Un día, ya a sus treinta y tres años se levantó y comenzó a caminar hacia el bosque, su manto blanco resplandeciente que cubría su cuerpo verde se iba transformando en tornasol, su cabeza erguida mirando hacia adelante y en cada paso dejaba una estela de olores, esencias deliciosas, albahaca, menta,

ruda, hierbabuena, hoja santa, llantén, damania, valeriana, regaliz, eneldo, consuelda, tomillo, orégano, hipérico, mejorana, verbena, hinojo, incienso, romero, perejil, hierba luisa. Toda una mezcla de deliciosos olores que se quedaba en el ambiente.

No escuchaba nada ni a nadie y se fue perdiendo en el bosque paso a paso.

Handia dijo, -utzi, badaki zer egiten duen (déjenla, ella sabe lo que hace). Por muchos días desde el medio del bosque podían ver su resplandor tornasol oscilando hasta el cielo y todos sabían que allí estaba y que también volvería pronto.

Una mañana la luz se había esfumado y pensaron que Berezia había regresado, pero no estaba en toda la aldea y entonces todos corrieron al bosque a ver si necesitaba ayuda y para su sorpresa allí no estaba, pero su cuerpo estaba enmarcado en el suelo y su silueta estaba cubierto de las todas las plantas que antes la cubrían.

Berezia se había marchado para siempre, pero dejando su legado para todos - las plantas medicinales-.

El día que descubrí el amor, de María Robles

Despierto sudando copiosamente. Miro a mi alrededor tratando de ver de dónde sale el ruido que interrumpió mi sueño. Una sombra oscura pasa por mi alcoba de un lado a otro y oigo un ruido extraño. Mi corazón late apresuradamente y se me eriza la piel. Me arropo de pies a cabeza, pero no logro disipar mi angustia. Me levanto precipitadamente y voy corriendo a la habitación de mis padres, tratando de disipar esta angustia que me devora el alma. Poco a poco voy recobrando mi tranquilidad.

--Esto no puede continuar así, tengo que buscar ayuda, vuelvo a mi habitación resuelta a hacerlo y poco a poco voy quedándome dormida.--

En eso suena el despertador y me levanto llena de optimismo. Me visto y salgo para la escuela. Pienso en ti y me lleno de alegría. Te busco entre el grupo de estudiantes. Te veo, mi corazón late apresuradamente. Siento mariposas en mi estómago. Me tiembla todo el cuerpo, te acercas y me besas. Contemplo esos hermosos ojos azules, me tomas de la mano y nos sentamos en el banco de siempre.

--Anoche se me ocurrieron los pensamientos de siempre, esos que me atormentan y me despierto con palpitaciones y bañada en sudor.—

--Chica, otra vez con lo mismo, qué película viste esta vez.

--No es broma, esta situación me llena de angustia

--Bah, tú siempre con tus cosas.

Me tomas de las manos, me sonríes y me siento segura. Si siempre estuvieras a mi lado, no sentiría esta angustia que me corroe el alma. Suena el timbre, te miro como queriendo decirte que nos quedemos, que cortemos clase, que nos escapemos juntos. Todo sería mejor antes que escuchar la baba de Mr. Rivera, el maestro de español. Despejo estos pensamientos y de imaginar que mis padres se enteran desecho la idea.

Cada noche lo mismo, voces, ruidos, sombras y este corazón que quiere salirse del pecho. Observo una estampita de la Virgen, pegada a la pared y rezo el Padre Nuestro, pero mi angustia sigue ahí, latente.

Ruego que amanezca para verte, para disipar mi angustia. El saber que te tendré cerca, me da sosiego. Ah, si no fuera por ti. Eres la razón de mi alegría y encima de todo esto, en mi casa las cosas no andan bien. Papi cambia de temperamento a cada rato, mami y yo no dialogamos hace tiempo. Mi vida gira alrededor tuyo. Eres la razón de mi vida. Solo contigo puedo hablar, aunque a veces no entiendas y te burles de mis miedos.

Llego a la escuela y te veo diferente.

--Julio qué te pasa, te veo distante, siento que mi presencia te incomoda—

--Catalina, no empiece con tus cosas, últimamente estás con la misma cantaleta, así que no empieces. —

--Sabes que no son inventos míos, ayer a la hora del almuerzo no estabas y en la tarde no te vi en la guagua.—

--Ya te expliqué que no me gustó el menú y por la tarde la guagua me dejó por estar en la cancha.—

Te observo contrariado, con deseos de cortar la conversación y mirando para donde está Jennifer. No sé si son mis celos, pero cuando me acerco te sonrojas y te pones nervioso. Siento que las miradas burlonas se posan en mí, hay cuchicheos y risas burlonas.

Cada día que pasa, te pierdo y el dolor me consume..... Mis pesadillas, tu frialdad, mis padres, los exámenes.... me siento asfixiada. Todo esto es un caos.

Hoy es mi cumpleaños, espero con ansias escuchar tu voz deseándome felicidades y lo mucho que me amas. Cada vez que suena el teléfono, se me acelera el pulso y corro a contestarlo. Todos me han llamado, pero solo quiero oír tu voz. Son las dos de la mañana y sigo esperando, no logro conciliar el sueño.

Lloro sin cesar, bañada en lágrimas, como lluvia incesante.... Tantos recuerdos hermosos....

Amanece, me miro al espejo y un surco negro se dibuja en mis ojos, Llego a la escuela y te observo en el lugar de siempre. Me acerco despacio, mis manos están frías y se me acelera el pulso. Saco fuerzas y trato de sonreír. Veo esos hermosos ojos azules, donde se dibuja un cielo despejado. Me tomas de las manos y las sospechas se desvanecen. Mil cosquilleos me invaden mi cuerpo.

Llega agosto y la “High” quedó atrás. En el calendario de mi hospedaje voy marcando cada día y espero el viernes con la emoción de verte. Siento que la distancia ha hecho este amor más fuerte.

Llego a mi casa, suena el teléfono y al otro lado con voz inexpresiva me dices que nuestra relación terminó. Mil excusas, el hospedaje, la distancia y tu frialdad me congela el alma. Se me nubla la vista, se me acelera el pulso, tiro el teléfono y corro al baño. Un frasco de pastillas me dice ser la solución a esta angustia. Lo tomo en mis manos y sigo su consejo. Voy sintiendo el cuerpo pesado, y me desplomo en el piso y escuchaba en la lejanía a Melina León cantando “Cuando una mujer se quita la piel.” “Ah, si yo hubiese logrado quitarme la piel”..... y poco a poco voy quedándome dormida.

Ante mí, una luz inmensa que me quema el rostro, a veces una tenue luz y divago entre ambas. Intento abrir los ojos y no puedo, una goma me impide respirar. Y oigo una voz que me dice, por favor no te vayas, no me dejes. La voz se hace más clara y ese grito de angustia, me taladra el alma. Y poco a poco voy saliendo de aquel sueño, muevo la cabeza y alcanzo a ver las cuentas de un rosario y una cruz con las manos abiertas.

Sonríó y me doy cuenta que siempre has estado ahí con los brazos extendidos, yo que había puesto mi esperanza en los brazos de un hombre y veo a mi madre con sus ojos llenos de lágrimas. Y con voz entrecortada me dice, no olvides que detrás de la tempestad llega la calma, solo espera que pasen los días oscuros, al final el sol brillará con más intensidad. Y desde entonces, y a pesar de los nubarrones, espero a que salga el sol.

COMUNIDAD MICROCUENTO

1er lugar Microcuento

Esperaba por mí, de Marinés Rivera

Era negro y esbelto, aunque hubiera preferido que fuera de otro color. Nuestra historia no es nada memorable. Lo encontré porque estaba desesperada. Lo necesitaba y el Universo me lo concedió. Sencillo. Lo que siento indeleble en mí es su figura, su delicadeza, su negritud. Quizás porque lo esperaba en otro color me sorprendió su suavidad. Mis recuerdos con él no son de paz ni belleza, aunque era hermoso. Más bien provocaba en mí una sensación de

ansiedad al mirarlo... y no podía dejar de mirarlo... y lo miraba una y otra vez por su delicadeza, por su figura, por su estampa. Su paciencia, inagotable. Solo esperaba por mí. Mi ansiedad era mi invento, porque él era pausa y sosiego. Esperaba, siempre esperaba. Para él me dediqué a ser artista del tacto y observadora de respuestas. Una presión leve podía ser no tan bienvenida como una imperiosa. Su silueta a veces me atemorizaba en las noches. Sentía su pulsación una y otra vez... una y otra vez... algunas partes traslúcidas mostraban códigos que solo se podían sentir con las yemas de mis dedos. No había análisis en el proceso táctil, sólo angustia y la angustia proviene de los intestinos. Esta relación no podía subsistir, aun cuando tenía todos los ingredientes de compatibilidad. Yo picando para los ochenta, ya no me quedaba mucho en la memoria para poder manipularlo cómo él esperaba. Él siendo más receptivo y con tanta energía no podía más que sufrir un corto circuito. Al final, lo devolví porque ya no servía. Y para evitar las angustias y ansiedades de mis problemas de memoria, adquirí un celular más sencillo y de mi color favorito.

ESTUDIANTE UPPR CUENTO

CUENTO

1er Lugar

La barra de lavanda, de Kevin Chin

No es insólito encontrarse perdido cuando la vida decide golpearte sin provocar. A Jonás, la vida lo había golpeado más veces de lo que le hubiese gustado admitir. Caminar al lado de una carretera no era una experiencia nueva para él. Él caminaba a la escuela desde que era joven, pero la escuela nunca fue de una hora tan tarde... o tan lejos de su hogar. De las cuarentaisiete millas, solo había caminado ocho, arrastrando los pies con cada paso. Lo bueno era que, en vez de cargar una mochila llena de libros sobre su espalda, lo que tenía era un simple maletín a la mano. No era mucho que celebrar dadas

las circunstancias, pero era algo. Por lo menos no había peligros en la carretera rural por la que el caminaba.

Jonás no pensaba que así serían sus días. A punto de cumplir los treinta, y ya aborrecido de la vida. Trabajaba un empleo que no valoraba su inteligencia o sus logros. Era soltero, sin nadie que lo esperara en su hogar. Sus vecinos le desagradaban, ambo en actitud y en conversación. La deuda estudiantil parecía comérselo vivo con muy pocos momentos en donde él podía respirar en paz. El seguía pensando en estas cosas mientras que iba caminando.

Él sabía que no todo era malo. Jonás podía hablar con sus padres por teléfono, ya que vivían muy lejos de él, de vez en cuando. Podía ver un programa de televisión que lo hacía reír. Cosas simples. Sin embargo, no se sentía así. Desde que su carro desapareció, probablemente robado por algún maleante que se haya robado sus llaves también dadas la ausencia de las mismas, y nadie en su trabajo se ofreció para llevarlo, el no paraba de pensar en todos esos inconvenientes, pequeños y grandes, y hundirse en su miseria. Era demasiado intrigante como para ser coincidencia. Prácticamente maquiavélico. Si, esa era la palabra que él amaba tanto por lo insidioso que sonaba la pronunciación. Es que era la única palabra que lograba capturar esa esencia perturbadora de su destino actual. Por lo mucho que él quería la paz, algo se lo negaba... sádicamente.

Estos pensamientos lo distraían del hecho que el reinado de la noche empezó, y las únicas luces que iluminaban su paso era la luna tierna y la linterna de su teléfono. Solo otro inconveniente más que añadir a la colección creciente. –“¡Por supuesto! ¡Lo que me faltaba!”- Jonás no pudo contenerse al gritar hacia el mar de estrellas que yacía sobre él. No era como si alguien lo iba escuchar, pues en la carretera por la cual el caminaba, carros pasaban raramente a las horas altas de la noche en las que él se encontraba. Era un valle solitario cuando el sol se iba a dormir.

A medida que iba caminando, eventualmente, la batería de su teléfono también se le agotó. El solo podía suspirar frustradamente ante su situación. Ya estaba cansado. Más que cansado de hecho. Jonás ya estaba harto. Él

estaba al borde de un ataque de pánico, y más cerca aun de arrancarse los pelos de la cabeza. Solo se le ocurría preguntar por qué las cosas parecían siempre salirle mal. Sin embargo, poco sabia el que el destino lo iba favorecer esa noche.

Después de unos minutos de respiración profunda, un ejercicio que el psicólogo le había enseñado, el siguió hacia adelante, tratando de no seguir hundiéndose en aquellos pensamientos. Fue entonces que se dio cuenta de una luz a la distancia, tal vez unos metros como mucho. Resplandecía con un azul persa brillante. Jonás no pudo evitar admirar el precioso color, pero unas gotas del cielo lo despertaron de su trance. A pesar de su cansancio, empezó a correr a toda velocidad hacia el azul cálido. Solo eso faltaba. Que se mojara por la lluvia, se enfermara con catarro y que el jefe se enojase con él. Él no lo quiso arriesgar, especialmente no con el jefe suyo. Su gerente era conocido por despedir por mucho menos. Era injusto, pero así era la vida. Cuando por fin alcanzo el edificio, él ni pudo leer el nombre del mismo antes de entrar repentinamente. Logró escapar la torrencial. Una pequeña victoria que iba a celebrar con alegría.

Luego de tomarse un respiro, Jonás se percató de la elegancia que lo rodeaba. No solo elegante, pero tranquilo. El color de azul persa cubría las superficies del interior. También las linternas, las cuales contenían unas llamas azules. Todo adentro exhibía una belleza tan refinada, pero de tal modo que no se volvía sobre ostentoso. Sin embargo, lo que si le capturaron los ojos de Jonás fue la dama detrás de una barra impecable. Tenía una vestimenta fina, un traje de flamenco azul y negro que se movía sutilmente con cada paso delicado que tomaba. Ella poseía una hermosura que reflejaba el color de la flor que yacía en su cabello. Una flor de Lavanda.

Quedándose tartamudo por más de lo que esperaba, Jonás falló en darse cuenta de que la dama ahora lo estaba mirando. No estaba sorprendida ni asustada. Lo único que su mirada plasmaba era una calidez llena de dulzura. –“Bienvenido. Por favor, tome asiento. Apuesto que estas cansado, ¿verdad Jonás?”- Su voz era como la miel. Tan suave y dulce. Tanto así que a Jonás ni

se le ocurrió cuestionar como ella lo conocía. Solo notó el rojo llamativo en los labios de la dama.

Acercándose, Jonás se sentó en uno de los asientos delante suyo en la barra. Él podía ver una multitud de botellas de vidrio detrás de la dama, pero ninguna de ellas era de marca. Lo que si podía notar era el color de los mismos. Eran vinos. Algo no le hacía sentido a Jonás. Esta barra era, o aparentaba, ser de alta clase. Las linternas con llamas azules, el piso de madera oscura que contrastaba la araña de luces del techo, las mesas adornadas con flores. Todo indicaba que este lugar debería de estar lleno de clientes. Sin embargo, no lo estaba. Solo Jonás y la dama detrás del mostrador, quien parecía ser la única empleada trabajando en el edificio al momento, aparentaban ser las únicas almas presentes.

Jonás se frotó el cuello nerviosamente. Esta era su primera vez en una barra. Tranquilizándose después de un suspiro, Jonás colocó sus manos sobre el mostrador –“Mis disculpas por la entrada repentina. Es que la noche y el aguacero casi me atrapan.”- el habló ligeramente, tratando de no olvidar sus modales. La dama sonrió mientras que pasaba un pañuelo sobre unos de los vasos de cristal minuciosamente –“Descuida corazón. No hay por qué disculparte. Ahora, ¿Qué te gustaría tomar Jonás?”-.

Otra vez, ella había dicho su nombre tan casualmente. Jonás empezó a pensar. Él estaba seguro de que nunca había visto a la dama delante de él en su vida, pero la posibilidad existía de que meramente no se acordaba, aunque eso no explicaba el hecho de que ella lo conocía –“Se lo agradezco mucho, de verdad que sí. Pero, perdóname la pregunta, ¿Quién es usted y como me conoces?”-. La dama le dio una risilla leve. Era un sonido que Jonás encontraba ser muy placentero ya que la risa no era algo que escuchaba a menudo, menos aún en el trabajo suyo. Antes de contestarle, la dama puso el vaso que ella terminó de limpiar en su lugar –“Me llamo Sofia. Es un gusto conocerte oficialmente al fin Jonás. En cuanto a cómo te conozco, digamos que es mi deber saber.”-.

- “¿Oficialmente? ¿De dónde me conoces y por qué?”- Jonás preguntó confundido. Él no estaba seguro de cómo reaccionar. El entró al edificio por pura conveniencia, pero ahora se preguntaba si algo más estaba sucediendo. Sofia tomó otro vaso y lo empezó a limpiar con el mismo pañuelo, recién enjuagado –“Te conozco desde hace mucho. Tu probablemente no te acuerdas de mí. Es entendible, han sido muchos años, pero cuéntame, ¿Cómo has estado?”-. Su sonrisa desarmaba a Jonás espectacularmente. Es más, la barra en su totalidad tenía ese efecto. Tal vez la razón que él no estaba cuestionando nada era por que el ambiente era tan calmado como un día soleado en la playa. El hecho de que alguien quería saber cómo él estaba le daba ganas hasta de llorar. Antes de que Jonás pudiese contestar, Sofia le sirvió una copa de vino.

Jonás vio el vino y titubeó –“Mis disculpas, pero no bebo, acabe de salir del trabajo y mañana también tengo que ir y...”-. Sofia se inclinó, casi como si estuviese a punto de compartir un secreto –“No te preocupes, no es alcohólico. El sabor sin el dolor de cabeza.”-. Al escuchar eso, pasaron varios momentos antes de que Jonás tomase del vino, el cual él entendía que era solamente jugo de uva sin alcohol, pero a pesar de eso, sabía igual. Era un sabor que poseía cierta profundidad, más que jugo de uva. Era como recordar una memoria atesorada de la niñez. Jonás suspiró fuertemente, exhalando la ansiedad que lo estrangulaba ya por un par de días.

Sofia lo observó por varios momentos antes de hablar –“Eso me gusta, esa expulsión de estrés, casi como si desapareciese en un instante.”-. Jonás sintió su cara enrojecer. Bajo la copa sobre el mostrador cuidadosamente. Él sabía que ella era una desconocida. Sin embargo, también sabía que sería descortés no contestarle, y con lo amable que había sido, no lo pudo evitar, como si algo en su alma se lo pidiese –“Sofia, si te estoy siendo honesto, no la he pasado bien.”-. Jonás puso sus codos sobre el mostrador, inclinando la cabeza hacia al frente. Se sintió derrotado al decirlo, pero tal vez fue porque él había estado ignorando estos pensamientos con tal de mantener la calma o las apariencias. Ese hábito particular le servía bien en todo tipo de situaciones, especialmente con su jefe. Aquel jefe insufrible.

Varios momentos pasaron antes de que Sofia le respondiese a Jonás –“¿Por qué te sientes así?”-. Jonás levantó la mirada, avergonzado de compartir su vida y sus infortunios. Jonás aclaró su garganta antes de responder –“Caramba, ¿por dónde empiezo?”-. Así Jonás habló de su vida a una dama que apenas conocía, pero Sofia no desvió la mirada ni por un instante. Ella le estaba ofreciendo su atención total, lo cual el agradecía. Aquella cortesía significaba mucho para él, especialmente dada sus circunstancias.

Le habló de cómo le robaron su carro, la deuda estudiantil profunda en la que él se encontraba, el trabajo que el detestaba por lo mucho que él amaba y le entusiasmaba lo que había estudiado. A medida que iba hablando, Jonás se iba calmando, como una nube llena de agua por fin dejando ir el diluvio que iba aguantando, aunque la nube seguía persistiendo por encima. Fue un alivio, pero todavía se sentía... como si algo faltase.

Sofia, quien permaneció en silencio durante las pesadumbres de Jonás, le tomó el vaso de vidrio que permanecía vacío sobre el mostrador y le habló suavemente –“Bueno... eso es mucho sin duda. Un graduado de ciencia de computadora que quería facilitarle el acceso medico a ciudadanos de mayor edad, pero ahora estas estancado desarrollando videojuegos de teléfono que nadie juega... y parece que ni te pagan bien por ello.”-.

A Jonás le dolió escucharlo, pero era la verdad –“¿Cómo me pueden pagar bien si nadie los compra?”-. El levantó un brazo sobre la mesa, poniendo su codo sobre el mostrador, soportando su cabeza con una mano cansada –“No quería hacer videojuegos. Claro, era algo que me gustaba hacer como pasatiempo, pero nunca quise que fuera mi oficio. Ni de hablar de mi jefe...”-.

Sofia se le quedo mirando. Jonás pensó por un momento que ella lo iba a juzgar, pero la ternura en sus ojos dijo lo contrario. Ella le habló con la misma calma que desarmaría un animal desesperado y hambriento –“¿Tu jefe? ¿Qué sucede con el?”-. Jonás no le contestó inmediatamente a Sofia. Ya sea por el no querer seguir quejándose de lo mismo o porque no sabía que palabras usar para describir con exactitud toda la toxicidad con el cual su jefe lo trataba a el

y sus colegas, Jonás prácticamente empezó a tartamudear mentalmente por varios segundos antes de hablar.

Cuando por fin contestó, lo hizo dejando ir todo veneno que se estaba aguantando –“Te lo resumo con esto, él es lo peor. No entiendo cómo es que no lo han despedido, más aún como no se ha topado con la ley. Para empezar, cada vez que algo va mal en el departamento, culpa y bota a alguien como basura fuera de la compañía, incluso cuando él es la razón que las cosas van mal. Él es un idiota con lengua de plata y oro, ocasionalmente azufre. Él podría hacer a un soldado veterano llorar con los insultos que lanza. Encima de eso, es mujeriego y acosador. Nos trata a todos como su entretenimiento personal. Lo detesto. Lo detesto con un fervor que no quiero ni admitir.”-.

Jonás respiró hondo antes de continuar, el aliento retornando después de haber sido expulsado tan violentamente en sus palabras –“Pensé que venir a vivir en Dallas sería buena idea. Excelente idea de hecho. Parece que estaba mal. Muy mal, a pesar de todo el bien que trato de hacer. Tan mal que me pregunto cada día que despierto, ¿Por qué? ¿Por qué me desperté hoy? ¿Por qué ayer no pudo haber sido la última vez que me hubiese ido a dormir?”-.

Sofia se le quedo mirando, una expresión de tristeza presente en su mirada. Su rostro hermoso ahora le empezó a traer lagrimas a los ojos de Jonás. Él no sabía porque, solo sabía que la tristeza que él sentía lo estaba superando de una manera potente. Era casi como si la lluvia que azotaba el exterior de la barra se estremecía junto a él. Bajó la cabeza, tratando de esconder su rostro. Él no quería que ella lo viera. Quería que nadie lo viese como estaba. Sin embargo, algo inesperado sucedió. Sofia, colocando sus manos sobre las de Jonás, se las apartó de su rostro y le colocó una mano cálida en su mejilla. Le sonrió a Jonás, pero no era una de alegría. Era lo opuesto. Jonás vio en la expresión de Sofia un dolor y una angustia tan profunda que no se atrevía ni a describirla. Otro momento de silencio pasó, uno que se asemejaba al de un lago tranquilo después de una noche llena de tinieblas.

Manteniendo su voz baja pero audible, Sofia se enfocó en consolar a Jonás –“Tranquilo, tranquilo. Respira. Todo va a estar bien.”-.

mirada, dudoso y cansado por los lamentos que había dejado derramar – “Perdóname, pero ¿Cómo posiblemente podrías saber eso?”-. La expresión de Sofia cambio de nuevo, retornando a la sonrisa que pintaba su rostro, pero más en paz que alegre –“Yo no lo sé, alguien más si lo sabe, pero yo no. Pero, incluso entonces cariño, el saber del que no sabes es el mejor saber.”-.

Jonás se quedó confundido, sentado en su asiento, acojinado con el color azulenco –“¿A qué te refieres?”-. Sofia no contesto a medida que iba organizando el espacio detrás de ella. Solo contestó una vez que terminó – “Permíteme una pregunta, si en este momento fueses a morir, ¿estarías satisfecho?”-. Jonás lo pensó por varios momentos antes de contestar – “No...”-.

- “Y por eso mismo es que deberías seguir viviendo”- Sofia sonrió levemente. Jonás no entendía la lógica, o más bien, sonaba alienígena –“¿Y si el día de mañana es peor? ¿Qué garantía tengo?”-. Sofia lo miró fijamente –“Ahora te pregunto a ti, ¿Cómo sabes que ese será el caso?”-. Jonás se quedó callado, atrapado en su propia lógica. Sofia continuó –“Tienes razón, no tienes garantía de un mejor o peor mañana, pero lo que si tienes es algo mucho más valioso. Es el saber que cada día que tú te despiertas por la mañana es una victoria, porque es prueba que derrotaste lo peor de aquel ayer terrible que tuviste. Corazón, no pierdas la fe. Aunque no lo creas, alguien siempre está cuidando de ti.”-.

Palabras no existían para describir como se sentía Jonás, ¿Alivio? ¿Felicidad? ¿Todo al mismo tiempo? No lo sabía. Solo sabía que era como si parte de su alma se estaba... sanando. Después, sintió sueño. Un sueño tan profundo y tranquilo que él estaba luchando para mantenerse despierto. Jonás miró a Sofia con alegría y una repentina claridad –“¿Acaso... eres un ángel?”-. Sofia solo le contestó con una mirada lleno de un azul que podría pintar el cielo.

La próxima mañana, Jonás se despertó en su cama. No sabía cómo había llegado sano y a salvo. Todo su cansancio se había evaporado y veía que el sol de la mañana era más cálido y acogedor que antes, o por lo menos se sentía

así. Jonás cuestionó si fue un sueño. Fue un buen sueño, tal vez el mejor en su vida. Sin embargo, en su bolsillo encontró un solo objeto. Una flor de Lavanda.

MICROCuento ESTUDIANTE UPPR

1er lugar

Pétalos indecisos, de Adriana V. Guzmán

Cerraba sus ojos y él juraba volver, los abría y él prometía no hacerlo otra vez. Siempre distinto, siempre lo mismo. Ciega, jugando al amor eterno, sigue deshojando margaritas sobre su tumba.

2dos lugares

Soldadura en silencio, de Kael González Resto

Las manos callosas de su padre arreglaban el auto, nunca usaban palabras. Leo observaba ese lenguaje de tornillos y silencios. Una tarde, con la rodilla sangrante, su padre limpio la herida con precisión milimétrica. Le sirvió leche caliente con miel, exactamente como le gustaba. Al acostarse, encontró su peluche roto, ahora reparado. Una pequeña soldadura invisible unía el algodón. Bajo y apoyo su padre rodeo sus pequeños hombros con su brazo fuerte apretó. El amor no era un grito si no el silencio entre dos latidos que se entendían.

El campamento Philmont, de Diego Serrano Rivera

Por fin, llegamos al campamento. Ya montamos las casetas, el toldo, ya está la estufa preparada para cocinar. Vibra el teléfono de mi padre, lo miro no hay nada en la pantalla, solamente los botones de contestar y colgar una llamada. Algo me lleva a responderlo. Una voz dulce viene del micrófono. Reconozco la voz, aunque suene más joven.

“Mi nieto. Recuerda que te amo y siempre te amaré. Sigue sonriendo, sigue amando. Nunca te olvides de los tiempos que hemos vivido juntos. El pastelón te espera en casa, te amo.”

Me despierto y mi padre se acerca. “Tu abuela murió en su sueño. Su sepelio fue ayer.”

“No, ella me llamó, sigue viva. ¡Me llamó por el teléfono! Se que sigue viva.”

Al regresar, encontramos el pastelón en la nevera.

3eros lugares

Reencarnación, de John Del Valle Cintrón

Un día fui a ver a mi abuela, pero ya no era la misma. Estaba pálida, delgada y silenciosa. Pensé que había muerto, pero aun respiraba. Las noches se hacían largas y los días eran cortos. Algo de repente sobrevoló en mi mente. Despierto con mi cara de inquietud y le pregunto: Abuela, me puedes contar las historias que me contabas de niño. Ella me respondió: Sí, pero con una condición. Sal y mira hacia la puerta. Con esperanza miré y vi un bebe recién nacido. Entonces me dijo: Ahora comienza mi nuevo destino.

Tu recuerdo, de Aliandro Rojas

El espejo de mi cuarto parpadeó, como si una grieta se abriera en el aire, y me vi atravesando mundos. En uno, tu risa aún iluminaba, en otro, tu mano señalaba el paisaje. Comprendí que, aunque este universo me negó tu presencia, en muchos infinitos más sigues vivo.

MENCIONES

El hombre de cristal, de Ricardo Ramos Rivera

Una tarde mientras esperaba la guagua, un muchacho lo observó en silencio. Sus ojos vacíos parecían absorber la luz. Javier parpadeó... y notó que el reflejo del muchacho también lo imitaba en el cristal de la parada, aunque él no se había movido.

Se giró, confundido, pero el muchacho ya no estaba. Solo quedaba su reflejo, que seguía allí, mirándolo fijo, sin intención de desaparecer.

La casa que aprendió a flotar, de Héctor A. Cintrón Colón

Abrí los ojos y escuché un silencio denso, solo interrumpido por el rugido del viento. Al bajar los pies de la cama, el agua abrazó los tobillos. La casa estaba inundada; flotaban zapatos, cuadernos y fotografías que parecían observarme. Afuera, el huracán María arrancaba techos, tumbaba árboles convertía las calles en ríos. El miedo me sacudió, pero no estaba solo: voces desconocidas murmuraban entre las paredes. Los vecinos gritaban, sí pero había otros sonidos también. Aunque el agua se llevara lo querido, no podía arrastrar la esperanza. Ese día comprendí que algo más que el viento rondaba nuestras ruinas.

Mancha en el huracán, de Andrés S. Ayala

Durante el huracán María, cuando el viento más fuerte soplaba, ella decidió que era el momento de escaparse. Mientras corría, sus ojos brillaban de miedo, al ver cómo las palmas azotaban. Cuando llegó la calma, la encontré acurrucada bajo un arbusto, jadeando. La abracé, temblaba. Desde ese día entendí que no solo era mi perra, sino una sobreviviente como yo.

Ataque sorpresa, de Yaniel Y. Ramos Rodríguez

Le perdí dentro de los árboles a plena luz del sol. Sabía que le faltaban tres tiros, más otros dos que le robó a mi amigo ya muerto. Subí a la torre para tener una mejor vista, cuando de repente escucho “¡bang!” Siento que me dio en la espalda y caigo dramáticamente por la chorrera. Nos reímos un rato y después empezamos a recoger los dardos para la próxima partida.

ESTUDIANTE DE ESCUELA SUPERIOR CUENTO

1eros lugares

Mi súper hermanito, de Marcos D. López Gómez

Mi hermanito se llama Daniel y es especial. Dani, como le decimos, tiene unos increíbles superpoderes, o al menos eso es lo que me explican mis padres, aunque cada vez que visitamos a Figueroa, Papá y Mamá se ponen bastante tristes. Aún así, Dani, como todo superhéroe, tiene que sobrellevar el peso de su doble vida. En el colegio no tiene casi amigos, y a veces los otros niños lo molestan tan solo para comprobar si no se transforma. A mí me parece que sienten envidia, ya que su salón es tan exclusivo que solo hay tres estudiantes más además de él. Su profe de religión me explicó que es porque él es un niño especial. La maestra de inglés dice que su Salón de Inglés es la guarida de los VIP. Allí siempre hay muchos juguetes, baños privados y hasta aire acondicionado. Antes de descubrir la verdadera identidad de mi superhéroe favorito, yo le llamaba la Súper Tortilla. Pero ahora me doy cuenta de que Dani es mucho mejor que cualquier otro ser humano que conozco o que cualquier superhéroe del cine. Entre sus tantos poderes, tengo una lista mental de mis favoritos, como el de hablar con los objetos. Dani no esconde este poder. Él habla con su ropa, con los lápices y hasta con las mesas. Una vez se puso a pelear con la lavadora. Me dijo que su “tum, tum, tum” lo molestaba demasiado porque le rebotaba en las paredes de su cabeza. Otro superpoder que tiene es el de la superfuerza; ya que, cuando la usa, ni siquiera tres adultos pueden con él. Me dicen que también tiene otros, pero que yo no los he visto todavía.

Hoy derrotó en el colegio a un villano. Según él, sus medias de Sponge Bobo lo controlaban.

El heredero del tiempo, de Angelimar Rodríguez Montañez

Nací el 6 de junio del 2006, a las 6:06 de la mañana. Mi mamá siempre cuenta que, justo cuando vine al mundo, las manecillas del reloj se detuvieron. Nadie le creyó, claro. Pero desde entonces, el tiempo pareció seguirme de formas que nunca supe explicar. Desde pequeño, soñaba con relojes. Las manecillas siempre marcaban la misma hora, las 9:09. Con el tiempo me acostumbre a verlo cómo un vacío que nunca se va.

Cuando cumplí quince, mi abuelo Samael (un hombre serio y lóbrego) me regaló un antiguo reloj de bolsillo. Antes de entregármelo, me dijo: “Cuídalo bien; no mide las hora, mide destinos”. Al principio, pensé que era una broma pesada, pero pronto entendí que había algo en ese reloj que me inquietaba. Un día, mientras caminaba por el barrio, lo sentí vibrar en mi bolsillo. Recordé las palabras de mi abuelo y un escalofrío me recorrió el cuerpo. Tenía la sensación de que algo malo estaba por pasar.

Tiempo después, la vecina murió de un infarto durante su siesta, y cuando el reloj volvió a detenerse, nuevamente eran las 9:09. Con los días, la historia se repetía. Cada vez que el reloj vibraba, alguien cercano a mí moría. Intenté esconderlo, romperlo, hasta lanzarlo al mar, pero siempre volvía intacto a mi bolsillo. Desesperado, una noche fui a buscar al abuelo. Necesitaba respuestas. Al llegar, su casa estaba vacía, cubierta de polvo, como si nadie hubiera vivido allí durante años. Sobre la mesa había una capucha negra, una nota amarillenta y una foto en blanco y negro que mostraba al viejo sosteniendo el mismo reloj y, detrás de él, se distinguía la silueta de un joven... igual a mí.

La nota decía: “El reloj no anuncia la muerte, la elige. Y quien lo posee, también”. En ese instante, el reloj empezó a vibrar más fuertemente que nunca. Lo abrí, temblando, y vi que las manecillas giraban sin control hasta detenerse en una nueva hora, las 6:06. Entonces entendí: estaba esperando por mí. Al principio, sentí miedo. Me sudaban las manos y el corazón se me quería salir del pecho. Pero, mientras miraba el reloj, me iba dejando envolver por una una calma casi placentera.

Pasé de pensar que yo había matado inconscientemente a toda esa gente a comprender que cada muerte que había presenciado dejó no había sido inducida ni trágica; sino que empezó a sentirse inevitable, natural... Algo dentro de mí cambió. Ya no me sentía solo. El tiempo se detuvo y en ese silencio entendí que el poder siempre había sido mío, que no era una víctima... sino su dueño. Sonreí y, por primera vez, no sentía culpa, ni miedo, ni remordimiento, solo certeza. Mi nombre es Damián Calavera y soy el domador de la muerte.

2do lugar

Secretos susurrados, de Grace Sofía Burgos Nieves

En el pueblo de Los Pinos, donde todos se conocían entre sí y la vida transcurría pacíficamente, cada semana el periódico publicaba una columna titulada “El capullo”. Nadie sabía quién escribía porque utilizaba un seudónimo: Alma Dorada. Sin embargo, todos en el pueblo esperaban el diario con ansias. La columna contenía secretos, amores escondidos y pensamientos que las personas no decían en voz alta, entre otras cosas...

La autora, Akira, era una muchacha callada que vivía como cualquier otra allí. Su inspiración para escribir le llegaba a través de unas mariposas doradas que revoloteaban por las calles y callejones. Las mariposas la visitaban por la noche, se detenían en la ventana de su cuarto y le susurraban al oído lo que habían escuchado.

Akira había aprendido el lenguaje de aquellos hermoso insectos desde que era pequeña. Cuando alguien tenía un secreto, era suficiente con que una de ellas estuviera posada cerca para que después ella se enterara. Los ciudadanos decían que las mariposas doradas, conocidas como “dorálidas”, nacían de la brisa de toda la comarca y que con ellas se llevaban lo que las personas escondían en lo más profundo de sus corazones y que a veces deseaban olvidar.

Las dorálidas tenían un comportamiento misterioso: cuando susurraban un secreto, sus alas brillaban intensamente por un instante y luego desaparecían en el aire, como si hubiesen nacido solo para entregar esa verdad. Cada secreto revelado era, al mismo tiempo, una despedida silenciosa y una liberación de dolor.

La columna “El capullo” se volvió tan importante que los vecinos acuñaron el vocablo ‘oscursoledo’ para describir lo que sentían al leer. Era una mezcla de tenebrosa expectativa lo que sentían al reconocer sus historias anónimas encarnadas en aquellas páginas. Con el pasar del tiempo “El capullo” se volvió conocido en otros pueblos, y la inspiración era una cantera inagotable gracias a las dorálidas. Estas ya eran una parte natural de su vida. Lo único que hacía a dudar a la escritora era decidir cuándo contar los secretos y cuándo callar. La mujer no inventaba, sino que le daba una voz literaria a lo que ya en verdad pasaba por Los Pinos entre el revoloteo de las dorálidas.

En ocasiones, ella se ponía a cavilar sobre cómo un secreto podría cambiar la vida de alguien. Observaba las reacciones de los vecinos en la plaza después de cada publicación y cómo “El capullo” les recordaba que todos eran simples mortales que guardaban algún secreto. Nadie se enojaba con ella ni con las dorálidas, lo aceptaban como una verdad inevitable que saldría eventualmente a la luz. A veces, hasta lo deseaban y lo provocaban. En Los Pinos los secretos no desaparecían, solo las mariposas lo hacían, luego de haber dejado atrás historias que ya no les pertenecían. Todos se convirtieron en protagonistas cuando encontraban un lugar en las páginas de la columna dominical.

Un día en particular, detrás de los pinos que rodeaban el pueblo, una mariposa más brillante que las demás, con alas doradas que parecían hechas de una sutil llama, se posó en el hombro de Akira. Tenía un secreto distinto: no hablaba de nadie más, sino de ella misma. Por primera vez en su vida la mujer dudó si debía escribir o no, pero siempre entendió que era una posibilidad que algún día su vida también quedara expuesta en “El capullo”.

Aunque sintió un leve temblor de manos, sonrió porque sabía que las dorálidas nunca mentían y que, de alguna manera, ese era el destino que siempre la había estado esperando. Estaba lista para escribir su historia, pues nadie la descubriría: solo las dorálidas sabían que aquella narrativa pertenecía a una reportera que se dedicaba a revelar la verdadera naturaleza de los habitantes de Los Pinos. Y cuando aquella mariposa desapareció tras susurrar un fragmento de su historia, se sintió libre.

3eros lugares

Entre la niebla, de Vivienne Zacapa Mejía

Los rugidos se escuchan por toda la casa, tan altos que no se pueden ignorar. Son ineludibles. Lorenzo está acostado en su cama y escuchando música por su walkman. Tiene pelo colacho y marrón, piel pálida por no jugar deportes o salir al sol. Es silenciosamente guapo, pero cuando si alguien le dijera, nunca lo creería.

En el fondo, se puede escuchar a su mamá y Luis gritándose en el otro cuarto. El joven no aparece agitado, tiene una cara de indiferencia, esto ya es la norma para él.

Sin tener que escucharlo, sabía de qué estaban peleando, era lo mismo de siempre: algo que ver con el abuso del alcohol de Luis, el fumar, las pastillas o su infidelidad. Ya no importaba, siempre terminaba la disputa de la misma manera, con su mamá creyéndose las mentiras a ese hijo de puta. “¡Que él no anticipaba emborracharse!, “¡Que no hacía nada con otras mujeres”, “que nunca quería tener relaciones sexuales si no era con ella”! Era la misma tontería.

Lorenzo no ha considerado Luis como su papá hace tiempo. Tal vez desde que lo encontró entrando por su ventana las cinco de la mañana, con su aliento putrefacto, su mirada perdida, y chupetones por su cuello y quijada que no

parecían los de su madre. Eso es lo que provocó que su papá pasara de ser alguien a quien admiraba, a alguien con quien no quiere nada que ver, un patán.

Se deja llevar por la música en sus audífonos, la voz melodiosa de Gustavo Cerati retumbando por sus oídos. Dejo llevarse por la letra: el ritmo de tus ojos, son parte del imán que me aleja de este mundo. Cerró los ojos, el sonido de la pelea estaba siendo acallado por una guitarra chillona. Quizás podría ser así, Gustavo y él podrían eliminar todos sus problemas y fluir por la vida sin ningunas inconveniencias.

Casi como si fuera señal, alguien golpea suavemente su puerta. Él no lo escucha, no se molesta en hacerlo. No es hasta que todo el pueblo puede oírlo que Lorenzo se da cuenta de que el sonido probablemente no es la batería en la canción. Con un gruñón pequeño, se quita el walkman y va hacia la puerta.

Abre la puerta, lo suficiente para poder mirar con un ojo. Mira directamente frente a él, no hay nada. No es hasta que escucha un pequeño gemido que se ocurre mirar hacia abajo. Sus ojos abren como platos. Al instante, agarra su hermanito de la muñeca y lo mete a su habitación.

Arrodillándose, con la mano en el hombro de Víctor, le pregunta en voz baja: — Pensaba que estabas en casa de tu amigo... —¿Qué estás haciendo aquí?—

Los ojos de su hermano menor estaban llorosos, tenía la nariz enrojecida, por enjugársela excesivamente y le temblaba el labio mientras contestaba: —Sí—
.

Lorenzo está confundido por un momento hasta que lo capta. —Luis te vino a recoger—.

Víctor saca el labio de abajo cuando se escapó un pequeño sollozo de su boca y asiente la cabeza. Lo veía claro cristal: Luis siempre había sido un papa

mierdoso con él, pero, con Víctor, es infinitamente peor. Tenía la camisa arrugada por atrás y una de sus mejillas estaba más roja que la otra.

Su rostro estaba marcado de lágrimas, lo único que eso implica es que había estado llorando todo el camino a casa. Sin saber qué hacer, abraza al más pequeño, tan repentinamente que Víctor se congela antes de derretirse en sus brazos, con el rostro hundido en el hombro de su hermano mayor.

Había estado equivocado. No era la misma pelea de siempre. Luis no se estaba defendiendo, y su mamá no le estaba reclamando nada de sus múltiples salidas nocturnas ni de como iba a matar de hambre a su familia para alimentar sus vicios. No, estaban discutiendo sobre Víctor:

—¡Es tu hijo! ¡Cómo te atreves a odiarlo? ¿Hablarle así? ¿Cómo te atreves a ponerle la mano encima una y otra vez?—

—¡Deberías haberlo visto! ¡Es repugnante, enfermizo! Como se acurrucaba con ese ch...—.

Lorenzo rápidamente cubre los oídos de Víctor, pero ya era demasiado tarde. Su hermanito ya lo había escuchado todo. Francamente, lo seguro era que Luis ya lo había codiciado directamente, a su cara. No es como que Luis es disimulado o discreto con sus opiniones sobre su hermano pequeño, era bastante evidente lo que pensaba de él.

Demasiado sensible, demasiado diferente, un paria que no tenía puesto en este mundo. Una decepción, una vergüenza para su apellido. En la opinión de Lorenzo, el que había desgraciado el apellido era él, no su hermano. ¿Cómo podría un niño de ocho años deshonar un apellido si ni siquiera saber quién es? ¿Sin haber vivido nada?

No iba a preguntar nada más al respecto. Siente Víctor moverse incómodamente en su hombro, murmurando en un tono suave: —¿Qué escuchas?—

El joven recula y vuelve a su posición inicial. —¿Te refieres a mi walkman?—

El menor afirma con la cabeza.

—Ven, te lo enseñaré—, dice mientras se levanta. Casi se cae, sus piernas doloridas por haber estado tanto tiempo arrodillado. Lorenzo lo lleva a la esquina de su cama, adonde se encuentran el aparato. Su cara todavía estaba mojada por el llanto. El mayor levanta la mano para limpiarle algunas lágrimas y Víctor se deja, con una expresión de resignación.

Coloca los audífonos en su cabeza y empieza a ponerle la canción. —No espero que los conozcas, pero esta es una banda que se llama Soda Estéreo. Son argentinos. Esta canción se llama En la Ciudad de la Furia, están cantando de un lugar intenso, sofocante, y complejo...—.

El encanto de pensar en uno mismo, de Ariana Ayala Cuadrado

Llegué al pueblito de Mucaya en búsqueda de algo sumamente importante, una respuesta o un porqué. No era un pensamiento específico, sino una motivación para seguir yendo hacia adelante. Hace unos días, descubrí algo que prometía salvación. Este pueblo, ubicado en el campo de México, tiene lo que necesito en mi vida: misterio.

Mi misión era descubrir el motivo de la recurrente combustión espontánea en ese lugar. Existe una explicación científica, pero luego de siete muertes súbitas el mismo mes, se consideraba demasiado. Desafortunadamente, nadie quería comentar sobre la situación. Mejor dicho, nadie reaccionaba positivamente a mis intentos de entrevistarlos. Este pueblo, al que había idealizado tanto, no tenía risas ni lágrimas, solo una perenne amargura que permeaba sobre cada habitante. Iba a sucumbir ante

mi propio vacío hasta que la vi. Era una anciana que tan pronto cruzó sus ojos con los míos, sonrió con gesto amable. Me sentí sorprendida y deseé saludarla de igual forma, entonces me percaté de que la felicidad también comenzaba a abandonarme a mí.

De momento, aquella abuelita quedó envuelta en llamas ante mis ojos, sin reaccionar, sin gritar, sin moverse... No pude hacer nada, excepto suspirar. En un instante, apareció una mujer que le comenzó a echar agua sin manifestar ninguna emoción, mientras yo permanecía inmóvil. Huí de la escena hasta llegar a mi cuarto de hotel. Cuando me miré al espejo, noté que las cenizas habían caído sobre mí. Entonces sentí que mi pecho se apretó y no podía respirar. No sé cuánto tiempo estuve así, hasta que alguien tocó a mi puerta. Era la misma mujer de las cubetas de agua.

Me miró con disgusto en sus ojos, mientras lanzó sus palabras llenas de veneno: “Solo estás aquí por vacuidad; no quieres reírte, llorar ni gozar... Eres el ser más patético que he visto. ¡Sonríe!”. Desde hace días había descubierto el secreto: los sentimientos matan. Entonces, la mujer se abalanzó sobre mí y me repitió que era patética, pero no me importó. Empecé a sentir un ardor debajo de mi piel, mientras ella dejaba escapar algunas lágrimas. No recordaba la última vez que me había permitido emocionarme tanto. Yo me reí; ella lloró, y permanecimos fundidas en aquella dicotomía, unidas por el fuego que nos consumía desde nuestras almas, y lo dejé pasar... Nada me apetecía más en ese momento que ser consumida por las insensibilidades.

MENCIONES

El caso particular de Isabella Nightingale y la Belladona, de Cecilia Vicens

Seis meses de mi vida han sido dedicados a la búsqueda del asesino de la actriz Isabella Nightingale, una mujer joven, amada por su comunidad londinense y de talentos que las revistas describen como “de una vez por generación”. Cuando mi asistente me informó sobre el caso, inicialmente asumí la posibilidad de que una de sus colegas la había asesinado, pero al llegar al “Queen’s Theatre” esa teoría parecía menos viable. Encontré el cuerpo de Nightingale en el piso de su vestidor; aún sostenía una copa de vino;

a su lado, una botella con un dibujo de la flor 'belladonna'. Muchas mujeres de esa época la utilizaban para ornamentar sus ajuares, pero el producto era tóxico y una sobredosis podría causar la muerte. En ese momento fue que la teoría cambió a la posibilidad de un suicidio accidental. Esa fue la explicación que la policía decidió escribir en el reporte. Según ellos, ya se había resuelto el caso, pero yo creía lo contrario.

Cinco meses pasaron en los que me dediqué a leer las cartas encontradas en su vestidor y apartamento. Intentaba buscar alguna conclusión que me pudiera ayudar con este misterio. Logré encontrar el nombre de su suplidor de belladonna, William Jones, pero él me informó que Nightingale no le había comprado ese producto en dos años. Las personas en el círculo de la víctima confirmaron la declaración de Jones, quien hasta me había mostrado su libreta de recibos. Después, mi atención pasó al señor Alexander Rosewood, la última persona que habló con Nightingale en la noche de su muerte. Según los actores del "Queen's Theatre", él siempre tuvo una obsesión extraña con ella. Le regalaba flores, vinos, joyería... cualquier cosa que una mujer de clase alta merecía tener, un nivel de riqueza que no era parte de la vida de la actriz. Entonces me pregunté por la conexión que pudieran tener. Invertí buen tiempo buscando al hombre y, cuando lo encontré, después de tanta frustración, lo encontré en el mismo estado en el que el cuerpo de Nightingale había sido hallado tres meses antes, muerto de la misma forma que la protagonista: tenía una copa de vino a su lado. ¿Era un suicidio? ¿Un asesinato? ¿Por qué era tan similar a Nightingale? Cuando levanté la copa, y la olí, reconocí el olor del veneno.

Cuatro días después del fallecimiento del señor Rosewood, la policía descubrió diez casos más de muerte por envenenamiento. Murieron hombres, mujeres, viejos, jóvenes, parejas, personas de clase alta, media y baja. Lo único que todas esas víctimas tenían en común era que habían trabajado en el "Queen's Theatre" o tenían una relación con Isabella Rosewood. Ese descubrimiento me motivó a volver al trágico teatro. Ahí fue cuando comencé a sospechar de la actriz que suplantó a Nightingale. Era un año menor que ella y no tenía esa misma energía de su predecesora, lo que sí siempre tenía era

una botella de belladona en su vestuario y tomaba del mismo vino que Nightingale. Se vestía como ella, hablaba como ella y hasta trataba de actuar como ella. Nunca me dijo su nombre, pero el momento que le pregunté por la belladona, mencionó que era una coleccionista. Seguimos hablando, y me confesó que le encantaba el trabajo de Nightingale pero antes de su muerte comenzó a disminuir en calidad. Le pregunté sobre eso y lo único que hizo fue sonreír. Nos sentamos en silencio hasta que ella agarró una copa de cristal y la llenó de vino. Me ofreció un trago, el cual acepté. Ella elevó su copa y habló con un aire de melancolía en su rostro.

— Por lo menos Isabella murió joven; siempre será una belleza en la memoria de todos.

Sus palabras me hicieron sentir incómodo. Llegué a la conclusión de que aquella mujer tenía que estar involucrada en el caso de Isabella Nightingale, pero antes de que pudiese articular palabra, tomó un sorbo de su propio vino y cayó al piso.

El juicio robado, de Daniela I. Ruiz Colón

Mi nombre es Sarah Good y estoy a punto de ser ejecutada por intentar ayudar. Soy la madre de una niña de cuatro años y esposa de un hombre llamado William Good. Hace unos días, una chica se tropezó conmigo en la calle. Se veía pálida; tenía los ojos rojos y una mirada enfermiza. Al hacer contacto visual con ella, la reconocí; era la hija del pastor, Eliria, quien siempre destacó por ser una persona ejemplar, lo que se supone que una dama fuera en este pueblo, pero hoy se veía diferente. Incluso, cuando se tropezó conmigo escuché un gruñido salir de su boca.

Como toda madre preocupada que soy, la seguí para asegurarme de que estuviera bien. Mientras iba tras ella, noté un cambio en sus gesticulaciones y cómo rápidamente se transformaba en algo inhumano. Sus huesos crujían y ella comenzaba a moverse como un contorsionista. Yo soy una mujer cristiana, pero creo en la maldad. Lo que veía era la representación física de

ella. Aún con todo eso, no podía dejar que una pobre niña con tantas oportunidades y tanto futuro como Eliria, sufriera de una forma tan cruel.

Estos pasados meses han sido difíciles para las mujeres de este pueblo, las personas se han puesto violentas en búsqueda de sangre para sacrificar. Yo sabía que si le ayudaba, me correría un gran riesgo. Sin darme cuenta, Eliria se percató de mi presencia y corrió hacia mí en cuatro patas. La licántropa, feroz y hambrienta, aullaba con deseos de llevarme a una tumba temprana. En medio del pánico, hice algo que no había hecho en muchos años. Una vez se acercó lo suficiente, alcé mis manos y recité la oración de protección que mi madre había creado y me había enseñado desde niña, junto a otra oración de sanación que recitaba mi abuela, quien era curandera. Eliria cayó al piso gimiendo y chillando de dolor, mientras presenciaba cómo el diablo salía de su cuerpo. Lamentablemente, el pastor también estaba viendo aquellos sucesos.

El hombre corrió hacia su hija; vi todo como en cámara lenta. Gritaba que me alejara de ella. En mi desesperación, le repetía que yo solo intentaba ayudar, que no le había hecho nada malo, pero no me creyó, sino que me empujó bruscamente. Al hacerlo, sentí unas punzadas graves en mi estómago, el bebé... Mi mente me gritaba que corriera, que escapara de ahí pero mi cuerpo permanecía inmóvil, al igual que el de Eliria. El impacto contra los adoquines de la calle había sido muy fuerte para ella; quería ayudarla pero su padre no me lo permitía. Por lo tanto, vi como sus ojos se cerraron lentamente junto al último latido de su corazón.

Hace unos días di a luz a un niño en esta prisión. Lo nombré Arturo pero vivió muy poco tiempo a mi lado. Mi familia ha rechazado cualquier relación conmigo y me han abandonado. Me siento atormentada por las decisiones que he tomado. Hoy me ejecutan en frente a todos como si fuera una vil delincuente. Entre el público alcancé a ver los ojos amarillos fluorescentes y rabiosos del pastor. Entonces entendí que lo que él realmente no me perdonaba era el que hubiera despojado a su hija de las facultades que había heredado de él mismo.

ESCUELA SUPERIOR MICROCUENTO

1er lugar

La primera mañana de Zoé, de Diego Alejandro Gómez

En el pueblo donde vive Zoé no se escucha ningún ruido durante el día. De noche, sin embargo, puedes oír hasta el cielo cantar. El silbido de las sombras arredra a todas las que viven en la ciudad, y consuela a los que han vivido toda su vida en ese pueblo.

Zoé es una joven recatada y anticuada. Ama la historia y los misterios de donde vive. Se viste con la ropa de su abuela, quien falleciera hacía doce años atrás. Una noche, el armario de su abuela tembló. Zoé lo abrió y le empezó a hablar: “Querida, ¿por qué estás inquieta?” Zoé calló. “Sé que tienes curiosidad, Zoé, sobre el mundo afuera de este valle, donde a la luz del día, las personas son malhadadas y con pocas ganas de vivir.” Zoé suspiró: “Siempre me ha interesado, desde el momento en que mi cuidadora se fue, y aunque solo en las estrellas la veo y la siento acariciándome con su luz, nunca se irá de mi lado, sea de día o de noche. “Pero, ¿qué dices?”, contestó el armario. “Salir de estos valles te hará infeliz. Aquí ya lo has visto todo”. Zoé cerró el armario, mientras respondía con tono melancólico: “Lo que quiera hacer bajo el sol, el querer sentir el sol abrazándome y a la brisa peinar mi cabello, será todo lo que necesite para ser feliz”.

Mi felicidad no es tu asunto”. La habitación quedó en silencio, y el cielo empezó a abrir sus ojos, tiñendo todo de rosado. Ella salió a ver el amanecer por primera vez, para sentir la luz acariciando su rostro.

2do lugar

El mundo más allá, de Amanda I. Maldonado Crespo

La puerta del cuarto del niño se abrió repentinamente. Entró su hermano menor y brincó en la cama para despertarlo. Mientras saltaba, decía: “¡Ayúdame que hay animales flotando en mi cuarto!”. Esta no era la primera vez que decía cosas así. Su hermanito no tenía buenas notas ni le gustaba ir a la escuela, pero sentía pasión por el arte. Cada vez que se inventaba una historia, el otro pretendía que podía ver lo mismo.

Iban corriendo por el pasillo de camino al cuarto, fingiendo que estaban aguantando su respiración porque se hallaban debajo del agua. Abrieron la puerta y cogieron aire como si la habitación fuera una burbuja de oxígeno en medio del océano. El más pequeño gritó: “¡Mira, ahí están!”, señalando hacia el techo y las paredes. “¡Atrápalos dentro de tu libreta! ¡Avanza!” respondió el otro. Cuando decía atraparlos, en realidad se refería a dibujar y colorear lo que veía. Esa era la manera en que su hermano, que no podía ver lo mismo, entendía sus pensamientos.

Estos dibujos estaban llenos de colores y vida. Representaban un mundo vibrante y divertido que muy pocas personas podían ver. La imaginación era contagiosa y le traía alegría, no solo a los niños, sino a todas las personas alrededor. A pesar de no destacar académicamente, le mostró sus pinturas a su maestra de Arte de la escuela, quien decidió que deberían ser exhibidas. El intelecto académico no es lo único importante en esta vida. La creatividad, la capacidad de impactar a otras personas y la pasión, son mucho más valiosas de lo que la gente piensa porque no solo satisfacen tu mente, sino también el corazón.

3er lugar

De mi abuelo y mío, de Marieliza Vega Román

¿Nunca has pensado que cuando algo pasa te percatas de que ese momento no se vuelve a repetir?, ¿que el día de mañana va a ser uno diferente a todos los que has vivido ya?, ¿que cuando te tomas una foto, esas personas que caminan alrededor de ti, esos pájaros que te siguen desde el cielo, esas formas que toman las nubes no vuelven a ser lo mismo nunca más. Yo siempre he pensado que la nostalgia es mi mayor debilidad. El saber que jamás voy a poder volver a un momento específico, sino a través de las memorias, es una invitación diaria a revivir instantes hermosos que no se pueden oler ni palpar en realidad.

Siempre he tenido este agri dulce hábito de pensar en el paso del tiempo para ponderar cuán lejos se puede llegar. Por eso mi pasatiempo favorito es la fotografía, ya que me ayuda a pausar y a capturar esos momentos importantes. En mi cuarto tengo un tabllero lleno de álbumes de fotos. Están organizados desde que era pequeña hasta ahora que cuento con 17 años de edad. Mi favorito es el que me obsequió Abuelo. Antes de morir me dejó un libro lleno de fotografías nuestras. De todas esas, mi preferida es una que nos tomamos cuando yo tenía 4 años. Cada vez que la miro, es como si la vida me devolviera a ese momento y a sus cándidos brazos.

Estábamos en el parque y, justo cuando llegamos, empezó a llover. Yo me puse triste porque quería jugar. Entonces, mi abuelo me tomó de la mano, invitándome a chapotear en los charcos. Abuelo inmortalizó aquel momento en una foto: ambos llenos de lodo y “enchumbados”, pero felices. Cada vez que la miro puedo volver a oler la grama lloviznada y a escuchar las gotas cayendo, sumándose a las carcajadas, como si mis botas amarillas bailaran al ritmo del aguacero. Estoy segura de que podrán pasar los años y esa memoria siempre aguardará por mí en esta fotografía. La siento y la revivo como si la estuviera viviendo por primera vez. Entonces mi abuelito revive para volverme a tomar de la mano e intercambiar mis lágrimas por sonrisas.

La despedida en tren, de Ainhoa López Aponte

Estaba yo en mi habitación; creaba una nueva escultura hecha en arcilla y escuchaba música cuando sonó una canción que me trajo muchos recuerdos. Era su favorita, la que siempre tocaban cuando estábamos juntos. Me trajo muchos recuerdos que me hicieron llorar. Luego, escuché un sonido proveniente de afuera y abrí la ventana para ver de qué se trataba.

Cuando la abrí, solo había un gato color naranja, el cual andaba pasando. Decidí secarme las lágrimas y salir a caminar para despejar la mente. Caminé sin rumbo alguno, pero el caminar me trajo a la estación de tren. Nunca había tomado el tren de noche, así que decidí esperarlo. Me senté en un banco a esperar y a reflexionar sobre mi vida.

La noche estaba oscura, fría y la niebla difuminaba los contornos. Decidí buscar la hora para saber cuánto tardaría el tren. A lo lejos, noté un foco de luz apagándose y prendiéndose. De repente aparece una figura que se me hacía conocida. Cuando se empezó a acercar, lo volví a ver, las emociones me vencieron por lo que decidí correr a él, pero me tropecé. Traté de gritar su nombre, pero fue en vano. Justo en ese momento llegó el tren y él volvió a partir con él.

El tiempo que no vuelve, Yaved Avilés Flores

“Es tan corto el amor y tan largo el olvido”

-Pablo Neruda

El tren se detuvo con un sonido que rompió el silencio del amanecer. Mateo se bajó, pero después de diez años nadie lo reconoció. Caminó por las calles que un día había recorrido tomado de la mano de Elena bajo el sol y las campanas de la iglesia. Todo parecía igual, excepto él.

Se detuvo frente al viejo muelle, donde ella le había prometido esperarlo cuando marchó en búsqueda de una mejor oportunidad de trabajo. Nunca la volvió a ver. Le dijeron que se casó, que tuvo hijos, que era feliz. Él sonrió,

aunque el corazón le pesaba como una piedra. No podía creer que lo había olvidado así de fácil, a él; a sus promesas...

El romance apenas había durado un par de meses, pero el olvido se había extendido por décadas sin lograr mitigar el ardor de su nombre. Encendió una pequeña vela y la dejó flotar sobre el agua. No era una despedida, era simplemente el inicio de un viaje a la resignación de los amores

que no mueren, pues solo se aprende a vivir sin ellos. No importa cuánto tiempo pase, Mateo había decidido esperar a Elena en el mismo muelle donde un día habían hecho una promesa.

Laudo de POEÍSA del 31er Certamen Literario de la Universidad Politécnica de Puerto Rico

Hoy celebramos el Trigésimo Primer Certamen Literario de la Universidad Politécnica en las categorías de Escuela Superior, Universidad Politécnica y Comunidad género de poesía. Un total de catorce poetas fueron premiados en estas tres categorías.

En la **CATEGORÍA ESCUELA SUPERIOR**, comenzamos con las menciones de honor: La primera es para “Vampiros”, de Ariel (Seudónimo) es un poema con una base sólida y una idea atractiva: el vampiro como símbolo del amor prohibido y la soledad. En los próximos poemas: “El ardor purificador”, de Gabriel Pérez (Seudónimo) y en “Fuego en la medianoche”, de Chefi Ti Ti se da el encuentro entre la elocuencia poética y la tradición española (dentro del contexto de la noche de San Juan) en una curiosa simbiosis cultural que hace relevante a los poemas.

El primer lugar en esta categoría es para “El venado herido” de Maxelly Cintrón (Seudónimo) gira en torno al dolor físico y emocional como parte de la existencia, pero también como un medio para encontrar la verdad y la libertad personal. La poeta utiliza la animalización para llevar su mensaje. El texto refleja una visión muy cercana a la obra de Kahlo: el dolor no solo destruye, también revela quién eres realmente. La última idea es clave: Incluso herido, el sujeto sigue vivo y encuentra, en esa herida, su libertad.

El otro primer lugar es para el poema “Las tristes redes de mi padre” de Thiago Javier Tucker Wilson(Seudónimo), nos transmite una carga emocional fuerte, centrada en la figura del padre y una sensación de fracaso, desgaste y distancia.

Las premiaciones en la **CATEGORÍA ESTUDIANTE DE LA UNIVERSIDAD POLITÉCNICA** fueron las siguientes: “Si me hablas de buenos tiempos” de Alexander Grimwood (Seudónimo), mención de honor, sobresale por sus imágenes y la sensibilidad que transmite. El poema gira en torno a la esperanza en medio del desánimo y el mismo invita a evitar la negatividad

innecesaria. Da un toque familiar en el que se ve ese choque generacional entre padres e hijos.

El tercer lugar, corresponde al poeta o la poeta de “Conciencia despierta” de Fiorella (Seudónimo), tiene una voz íntima y reflexiva, el eje del poema es la transformación del dolor en fortaleza. Las “cicatrices” funcionan como símbolo de experiencias difíciles que, en lugar de destruir al hablante, lo construyen.

El segundo premio lo ocupa “Sombras familiares” de Ícaro (Seudónimo), un poema que trabaja sobre temas familiares profundos, especialmente la relación con la madre muerta y el padre ausente, usando imágenes simbólicas muy potentes. **El Jurado declaró el primer lugar desierto.**

En la **CATEGORÍA COMUNIDAD**, la selección fue más complicada por la calidad esperada en dicha categoría. Las menciones honoríficas son tres: “A la damisela guitarra” de Pepito (Seudónimo), “Cenicero” de Mía Fres (Seudónimo), y “Malamada” de Abuela Teresa (Seudónimo). Tres poemas que tienen un lenguaje metafórico y una diversidad temática donde el erotismo permite se experimente la intensidad del momento amatorio o la falta de él. “La damisela guitarra” de Superman (Seudónimo) es una oda que le da a la guitarra, el sitio que se merece. “Cenicero” de Mía Fres muestra una relación de codependencia donde el espacio privado se vuelve un cenicero donde echar toda la basura emocional. “Malamada” de Abuela Teresa gira alrededor del amor no correspondido y el deseo insatisfecho. El poema presenta una voz poética corporal y profundamente introspectiva.

El tercer lugar lo obtuvo “Epitafio de la nada” de Abuela Teresa (Seudónimo), poema cuya estructura breve se corresponde con su título. La atmósfera tiene un efecto de letanía de muerte. Trabaja la anáfora y la paradoja sabiamente para que reflexionemos sobre el miedo al dolor y a la muerte. El autor o autora valida con ello su excelente manejo de las imágenes poéticas. El poema es una pregunta hacia el futuro: ¿Cómo se siente morir? Tal vez la muerte no sea en realidad tan pesada.

El segundo lugar corresponde a “Soledad I” de Luna Esmeralda (Seudónimo), poema que trabaja muy bien el fluir de conciencia propio de la narrativa, muy cerca del género híbrido, típico de

los géneros de transición. A pesar de ser un poema íntimo trabaja muy bien la conexión con el lector.

El poema Mehndi de Rodlu Orsan (Seudónimo) obtuvo el primer lugar en la categoría de Comunidad. Este es un poema que fluye de tal manera que provoca no apartar la mirada, como cuando se sigue la silueta de alguien que nos interesa. Se trata de una obra excepcionalmente bien lograda gracias al ritmo interno del poema, las imágenes que emplea y el verso libre. Tiene unidad temática y buena organización de ideas. Conecta con el lector porque conmueve y al concluir nos brinda un regalo de plena hermosura.

Exhortamos a todos los participantes a continuar su quehacer poético, a seguir buscando y encontrando su propia voz y a ocuparse de los pequeños detalles. Solamente en la práctica repetida y cuidada se encuentra la perfección. Ya lo dijo el escultor Miguel Ángel: “En los pequeños detalles se encuentra la perfección y la perfección no es una pequeñez”.

¡Enhorabuena a todos los ganadores!

María de los Ángeles Camacho Rivas

Ebrahim Narváez y

Presidenta del Jurado de Poesía, Lynette M. Pérez Villanueva

1^{er} Lugar

Mehndi, de Luis “Laro” Rodríguez

Cierro la maleta.

Me llevo los recuerdos tatuados en piedra.

El viaje será largo, el tiempo fue breve.

No dudo que mis huesos

trazaron líneas tectónicas divergentes;

hay dolores que consumen carne

y no piden permiso.

Te dejo flores para el camino,

aromas que borran otros aromas,

para que tu vida se inaugure

y los pájaros carpinteros

encuentren, al fin, descanso.

Te dejo dos o tres perdones

por si un amanecer pronuncia mi nombre

y te arruine el desayuno.

En el bosque encantado de Ganesha

sería un sacrilegio no saborear el café

que jamás te llevaré a la cama.

Sé que cargaré con tu fantasma:
dormirá conmigo cada noche,
le hablaré por teléfono
para que no me llamen loco
mientras le relato
la liturgia de lo cotidiano.

Serás el único mehndi indeleble,
grabado en las paredes internas del corazón.
Y en los momentos más difíciles,
cuando la desesperación cubra el camino,
el llanto -como savia-
se hará escorrentía,
dándole palmadas lentas
a mi angustia.

Sé que algún día volveré a verte,
quizás sonriéndole a otros ojos.
Ojalá entonces
yo sea apenas un transeúnte más,
que mis piernas de arena
no se licuen en el tránsito

y no adviertas
que todavía existe,
insistiendo,
la poesía.

2do lugar

Soledad I, de Adriana Matías Toro

Tú y yo.

En la luz soy tu sombra,
ancladas talón con talón,
un vals peculiar
bailado por una sola persona.

Dicen que perdí la razón.

Sola.

Para ellos, inconcebible tu lugar.

Y, aun así, sin explicación,
tú me perdonas.

¿Y si te llevo al mar?

¿Y si extendiendo mi brazo para bailar?

—Una canción más—

te invito,

y aceptas sin cuestionar.

A tu lado las horas florecen:

es tan sencillo estar.

El peso de la luz cae sobre el horizonte.

Recojo lo que queda de ti:
una distorsión mía.
Abstracta, no tienes forma que me excluya.
Estrella interrumpida,
me niego al límite que pretende separarnos.
Me ofreces sumersión
para que mis ojos no aprendan a llorar.

Pero caen las gotas.
Dibujan lo que resta
de tu silueta en la arena.
Sí, soy la loca,
la sirena de tierra.
La marea arranca mis piernas,
las arrastra hacia la sentencia,
y yo las sigo,
como si no supiera hacer otra cosa.

Te añoro:
plenitud mía,
mi mitad más grande,
tú.
Me dejo atrapar en el estanque
si en el derrame encuentro libertad.

Azul,
como disolverse en el cielo,
como desvanecerme en mis miedos.
Blue.

Porque eres agua,
acoges mi tristeza,
limpias mis impurezas.
Omnipresente, tomas la forma
del cuerpo que te necesita.
Me devuelves a la superficie
sin importar la carga exhalada.
Vitalidad fluida: siempre te elijo.
Sin sed te quise
y te querré,
porque eres agua,
mi desahogo.

3er lugar

Epitafio de la nada, de Mary Ely Marrero

el MIEDO a la NADA es una PIEL tan PESADA...
camino entre mis flores sin procurar marchitarlas,
pero se me mueren en los pies,
porque la carga de lágrimas se me acumula en la mirada,
porque los terrores no vuelan y se hacen de carne en el alma,
porque la tonelada de sangre yace en mi horizonte despierto,
porque las aves ven mi carroña... y me despiden,
porque las moscas ven mi boca ...y me habitan.

el MIEDO a la NADA es una PIEL tan PESADA...
cabizbaja, completo crucigramas
con las letras traicioneras que guardo en mi sombrero sin magia.

surge mi epitafio.
mi PIEL ya no siente MIEDO...
la NADA no es tan PESADA como pensaba.

A la damisela de la guitarra, de Ángel O. Navarro Zayas

Brazo de trastes acordantes,
junto a tus cuerdas de seda,
haces danzar el viento fecundo
y deleitas, armónica, el silencio.

Clavijas que afinan el sosiego
en la vida sencilla y humilde,
con sueños fulminantes de alegría,
entretejidos en notas de amor
del canto telúrico y divino.

Guitarra del cantar carmesí,
en tu boca sonora guardas
besos escondidos.

En la oquedad de tu cuerpo,
en llamas fulgurantes
de un crepúsculo sin horas,
escondes la damil ternura.

Guitarra, tú que amas al amor,
vuelca en mí tus notas oscilantes

y busca el anhelo de sonar
junto a mi voz coloreada
de sueños y locura.

Cenicero, de Julio César Pol

Dudar de mi propio juicio
Escucharlo interrumpirme con un
Cierra la boca
Que apesta
Mientras te fuma como un cigarrillo
Te dice
Das asco
Quién va a querer estar cerca de ti
Que no sea yo
Tira tus cenizas en el piso
El cuarto es un cenicero
Con otro
Qué vas a ser sin mí
Hasta que solo queda humo
Subiendo
Cenizas sobre la cama
Brazas sobre el piso
Te ordena

Cierra la boca
Que apesta
No interrumpas
Mientras te fuma como un cigarrillo
Te susurra
Das asco
¿Quién va a querer acercarse a ti
Palabras para hacerte guardar silencio
Hasta que solo quede el humo
Subiendo
Dudar de mi propio juicio
Escucharlo interrumpirme
Mientras te fuma como un cigarrillo
Tira tus cenizas en el piso
El cuarto es un cenicero
Qué vas a ser sin mí

Malamada, de Mary Ely Marrero

Esta es una de esas noches imperfectas
en las que se me antoja dormirme en un abrazo
que prevenga -o algo así-
la pesadilla como simulacro del amor.
En mis ovarios, hallo candela,
de la que no se hace niño,
de la que no se hace sangre...
Es el fuego que, en las noches imperfectas,
me abrasa la querencia
de dos ojos que me besen a los ojos,
que, sin silencios, suspiren:
“Eres un poema que se está desperdiciando”.
¡Porque me estoy desperdiciando!

Esta es una de esas noches imperfectas
en las que me apetece gemir:
“Trágate mis ojos; quiero fisgonearte el alma”.
Pero, me reencuentro con mi sesera ensalivada,
porque lo ilusorio no tiene pupilas ni pestañas.
En mis pedúnculos sabrosos a pócima de frío,
se me revela la noche imperfecta.
No hay apasionada alma ansiosa por deglutirme.
No hay gametos que quieran -al menos-

bromear en mi trayecto para quemarse.
No hay más que recuerdos tristes
de otras noches -que parecían tan perfectas-;
esas en que miccionar el amor era el único apego,
ese en que el amor se está desperdiciando...
¡Porque me estoy desperdiciando!

Esta es una de esas noches imperfectas
en las que mis tentáculos se unen
y le oran a una venus -la que soy-
que no sabe que es diosa,
y que se está desperdiciando...
¡Porque me estoy desperdiciando!
Mis apéndices se hacen de sus huellas
para pasearse por el monte y, en la cúpula,
comulgar con la soledad,
y hacer venir a ecos el goce,
cuya cola es el llanto en las arenas.

Dormito.
No hay abrazo.
Hay pesadilla.
No hay amor.
Hay lumbre.

No hay miradas.

Hay ganas.

No hay suspiros.

Hay desierto.

Dormito.

Me hago poesía.

Me hago anémona.

Me hago cueva.

Me hago diosa.

Me hago templo.

Me hago cuerpo.

Me hago mar.

Dormito,

como en todas esas noches imperfectas

en que me arrodillo frente al altar de mi querencia,

para soñarme en forma de pan y vino

que no se estén desperdiciando...

¡Porque me estoy desperdiciando

en noches que, por imperfectas,

son las malditas compañeras

de mi malamada sesera!

2do Lugar

Sombras familiares, de Alan Akylis Rodríguez Centeno

Madre mía,
te busco en la noche;
velas mi sueño
como ave nocturna
de alas cansadas que siempre regresa.

Padre, pronuncio tu nombre y arde;
embestimos palabras como toros ciegos,
chocan las ideas,
nadie retrocede.

Alcé bandera blanca,
tus fragmentos se quebraban en el aire;
ya no me acechas como lobo hambriento.
Mis pasos buscan cielo;
atrás, la sombra que eras.
Aunque no pueda verla,
la siento cerca: ave nocturna,
siento tu luz, impulsándome
a no retroceder sobre mis huellas.

3er Lugar

Conciencia despierta, de Alondra M. Velázquez

Un silencio ensordecedor
que habitaba en aquel lugar
hacía crujir mi ser.

Las cicatrices intangibles se materializaban;
solo mis ojos podían visualizarlas.

A pesar de sentir fuego ardiente a través de mis venas,
yo seguía luchando con fervor.

A este juego llamado vida nos estamos enfrentando;
si no juego estratégicamente,
caeré en un pozo de eterna desesperación.

Acepto mis cicatrices,
admiro la auténtica belleza en ellas.

Fortalezco mi cuerpo, alma y mente,
dentro de mí habita un universo inefable,
capaz de transformar cicatrices en constelaciones.

Entendí que la tempestad es brújula,
y que el sendero más afanoso conduce a la liberación de nuestra
verdadera identidad.

La liberación de nuestro ser omnipotente,
no es simple.

Sentirás tu cuerpo en carne viva,
totalmente vulnerable.

Las ceñidas vendas caerán,
y las densas tinieblas se disiparán.

Cada sinuoso desafío y cada lección vivida,
tendrá una enseñanza infalible.

El dolor desgarrador será efímero,
incluso, de él yacerá una fuerza inquebrantable.

La clave no es ser dominado por la oscuridad,
sí no ser resiliente para alcanzar,
una conciencia despierta.

Si me hablas de buenos tiempos, de Kevin Chin

Si me hablas de buenos tiempos

Cuanto te lo agradezco

Por alzarme una sonrisa

En el desánimo que padezco

Muchos son los días

Que el sol no quiere llegar

Escondida por las nubes

Que lloran en su lugar

Si nada bueno tienes que decir

Disfruta del silencio

Suficientes quejas ya hay

Sé la compañía que aprecio

Tantos buenos recuerdos tengo

Por lo lejos que serán

Si me hablas de buenos tiempos

Buenos tiempos seguirán

1^{eros} Lugares

El venado herido, de Angelimar Rodríguez Montañez

(Inspirado en la pintura de Frida Kahlo)

Camino entre sombras y ramas rotas,
mi aliento se mezcla con la tierra fría.
Las flechas me llaman por mi nombre,
pero sigo, aunque el bosque me olvida.

No hay refugio en la piel sangrante,
ni consuelo en el aire que me toca.
Cada herida es una palabra no dicha,
cada gota, una verdad que sofoca.

Si he de morir entre los árboles,
que sea sabiendo que fui verdad.
Porque hasta herida, sigo viva,
y en mi herida es que está mi libertad.

Las tristes redes de mi padre, de Fernando Álamo

Bajo la penumbra de su ojeada,
se enredan hilos que se cruzan.
Sus manos lastimadas intentan deshacerlo
Mientras caen desatadas sobre el suelo rígido.

Entre gritos lejanos como las boyas,
navegan mares de pactos destruidos,
y yo quedo en la costa,
observando cómo se ahogan.

Entre su gran ausencia,
procuro tejer mis redes,
aunque la sombra de su espíritu
me persiga durante días.

Vampiros, de Cristina M. Cintrón

Viendo la luna
ser de la oscuridad
que miedo me dan

Amor prohibido
inmortal y eterno
muy lejos está

Más allá de mi
marido de la muerte
sin corazón es

Perdido está
por la noche y día
sin amor queda

Inocentes hay
damas sin miedos a él
muerte las viene

Rápido corren
por sus vidas largas van
por nadie paran

Océano él
nadando cada noche
de sangre hecho

Sol lo matará
es un mal necesario
para el amado.

El ardor purificador, de Sebastián Machiote-López

Cuando ha llegado la noche,
y el sol naranja se fue,
todos van para la playa,
donde el fuego y agua revelé.

La gente crea un gran fuego
pa' quemar lo adverso oculto.
En el agua hay tradición,
los saltos causan seducción.

Los adultos le recuerdan:
-Siete de frente y siente atrás.-
Los niños se tiran porque
de lo malo ellos se lavan.

Con origen de la España,
y al oeste Portugal,
se expande a Latinoamérica.
Esta noche es una mundial.

Con mis pies en la arena húmeda,
veo que los niños dicen:
-La marea está muy suave,
y afuera hay frío imposible.-

Fuego en la medianoche, de Kateryna Álvarez

El sol baja en la distancia
La noche marca el comienzo
Mi nueva vida florece
Surge un verano muy intenso

Encienden la gran fogata
Calor como una sábana
Las llamas lamben el cielo
La luz vibrante le gana

El fuego erupción rápido
Brinco para atrás con susto
Me caigo en la arena suave
Muy cerca para mi gusto

Escucho un grito distante
- Rápido, corran al agua -
- Sí sí el fuego está creciendo -
Me paro y corro de la fragua

Brinco en el mar frío y oscuro
Olas me hablan en susurros

Nado bajo las estrellas
Hoy haces el verano tuyo.



Nota final

El presente trabajo no puede ser reproducido por ningún medio sin el permiso previo del Comité del 31er Certamen Literario de Poesía, Cuento Ensayo y Teatro Breve. Como expresado en las reglas, cada autor sí conserva sus derechos sobre sus obras.